

LOS MUERTOS RECUERDAN MI NOMBRE

SILVER KANE

Cliff metió primera, disponiéndose a arrancar.

Pero fue en aquel momento cuando oyeron el silbido sobre sus cabezas.

Cuando todo en torno suyo tembló.

Cuando la parte posterior del magnífico «Mercedes» pareció hacerse pedazos…

Los dos miraron hacia atrás.

Y entonces vieron al muerto. El muerto cuya cabeza se había convertido en una masa de sangre.

El cadáver que había llovido del cielo…



Silver Kane

Los muertos recuerdan mi nombre

Bolsilibros: Selección Terror - 32

ePub r1.1

Titivillus 13.02.15

Título original: *Los muertos recuerdan mi nombre*
Silver Kane, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ST
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO
UN HOMBRE CON MALA SUERTE

Durante meses y meses, Cliff había preparado aquel momento. Durante meses y meses, Cliff se había afanado, había luchado, había gastado mucho dinero en regalos y en atenciones de toda clase para conseguir lo que más anhelaba en este mundo.

Y por fin iba a conseguirlo.

Ya no le podía fallar.

Suzanne estaba a punto de ser suya.

La besó ansiosamente, inclinándose sobre el asiento de su coche, mientras ella runruneaba satisfecha.

Porque hay que aclarar ante todo que Cliff Soustelle, un joven empleado de los tribunales de París, no había estado trabajando durante todos aquellos meses para que le designaran juez —cargo al cual hubiera podido tener acceso por sus estudios—, ni para que le dieran un ascenso. Ni siquiera había trabajado para que le aumentaran el sueldo. La única ambición de Cliff Soustelle era llegar a hacer suya a la compañera de oficina más sensacional que había tenido nunca, a la bella, a la despampanante, a la «piernas bonitas» más excitante de los tribunales del Sena, a aquella empleadita del ministerio de Justicia que a sus veinte añitos ya estaba a punto de ser designada miss Francia. Por lo menos había pasado dos eliminatorias previas, y era muy posible que se ciñera la corona de la bella entre las bellas que se disputaría la semana próxima.

Y ahora aquella maravilla de mujer a la que todos deseaban… ¡iba a ser suya!

Cliff Soustelle estaba fascinado.

Ella bisbiseó:

—Hay que ver… ¡Ay, ay! ¡Pero qué salvaje eres…!

—Es que me vuelves loco, nena.

—Has subido mucho últimamente, Cliff. La cena que me has pagado… Este descapotable que llevas… Tus regalos constantes… Creo que me convendrá casarme contigo… ¡Hip! ¡Pero qué fuerte y qué bueno era aquel champaña! ¡Aún lo tengo en la cabeza…!

—¿Quién habla de casarse, nena…? —Y de repente tuvo miedo de estropearlo todo—. Sí, sí… Claro que nos casaremos, Suzanne… La semana que viene sin falta. Tengo un piso magnífico comprado en el bulevar de Exelmans, al otro lado del Sena. ¿Quieres verlo?

—Hum… El bulevar Exelmans es un buen sitio.

Claro que era un buen sitio en según qué sectores. A Cliff lo había dejado mondado el alquilarlo solo por tres días, pero necesitaba impresionar a Suzanne. Necesitaba decirle que era suyo.

Ella musitó:

—Claro… Vamos…

«Ya estás en el bote, nena», pensó Cliff, dio contacto en su magnífico «Mercedes» de dos plazas. Tenía que darse prisa. Tenía que conseguir lo que tanto había anhelado antes de que ella reaccionase. Pero aún la besó de nuevo antes de arrancar.

Ella parecía más entusiasmada cada vez.

Entreabría los labios con cierta ansia secreta.

—Cliff…

—¿Recuerdas, Suzanne…?

—¿Recordar qué…?

—Hace dos semanas, cuando también estábamos a punto de ser inmensamente felices.

—Claro que me acuerdo, pichón. Tú aún tenías aquel viejo «Chevrolet» color calzoncillo sucio.

—Sí —dijo—. Estábamos a punto de ser inmensamente felices dentro de mi «Chevrolet» de asientos reclinables. Pero entonces cayó encima del vehículo aquel tiesto de un octavo piso. ¿Te acuerdas?

—¿Que si me acuerdo? Por poco nos mata…

—Esta vez no pasará, chata.

—¿Seguro que no nos caerá nada encima? Este coche es descapotable…

—Olvídalo. En cambio supongo que recuerdas el beso que te di hace tres semanas en la puerta de mi estudio de Montmartre… Tú

no querías entrar…

—Ah, sí… Entonces aún eras pobre y vivías en aquel estudio que tenía el excusado en la escalera. ¡Uf…!

—¿Por qué no entraste entonces, Suzanne? Podíamos haber sido tan felices…

—¿Lo has olvidado, amor? De pronto la puerta de tu estudio se nos cayó encima. Estaba sujeta sólo por dos clavos.

—Todo llega. Ahora sí que vamos a ser dichosos, Suzanne.

—Muy dichosos, pichoncito mío.

—Te amaré locamente. —Harás conmigo lo que quieras, vidita.

—Vamos a entrar en el templo del amor. Démonos prisa.

—¿Pero estás seguro de que no se nos caerá esta vez nada encima, cariño mío?

—Nada… Claro que no. Mira dónde estamos aparcados. Al lado del manicomio de Issy…

—Por eso estamos los dos tan locos, ¿verdad?

—Je, je… ¡Qué tía eres!

—Y tú qué tío.

—Vamos.

—Vamos, amor…

Metió primera, disponiéndose a arrancar.

Pero fue en aquel momento cuando oyeron el silbido sobre sus cabezas.

Cuando todo en torno suyo tembló.

Cuando la parte posterior del magnífico «Mercedes» pareció hacerse pedazos…

Los dos miraron hacia atrás.

Y entonces vieron al muerto. El muerto cuya cabeza se había convertido en una masa de sangre.

El cadáver que había llovido del cielo…

CAPÍTULO II
LA MANO QUE LLEGÓ DEL INFINITO

Jacqueline encontró la nota al salir de su trabajo, en la oscura oficina de seguros situada en la rue Saint Jacques. Eran las seis de la tarde y una llovizna gris, pesada, intermitente, caía sobre París, haciendo aún más densa la atmósfera. Era uno de esos días en que una aún se siente más pesimista después de la agotadora jornada de trabajo, uno de esos días en que a una mujer bonita, pero sin esperanzas, como era Jacqueline, no le hubiese importado morir.

Y, sin embargo, al salir de la oficina, tuvo al menos aquel motivo de alegría. Encontró la nota de Patrice.

El conserje se la entregó mientras observaba a través de los cristales la monotonía de la lluvia.

—Tome; para usted. Vaya tarde, ¿eh? Como para meterse a beber unas copas en un scotch-club. Pero, ¿y el que no tiene dinero para eso?

—No le falta razón —dijo Jacqueline, sintiendo aún en la cabeza el tecleo de las máquinas y el zumbido de las calculadoras—. ¿De quién es esa nota?

—No lo sé; la ha dejado una chica.

Jacqueline rasgó el sobre y de pronto lanzó una exclamación de alegría.

Era maravilloso… ¡Patrice había vuelto…!

La nota decía:

«Por fin he terminado mis estudios en Oudville, aquellos estudios que me pusieron enferma. Hago vacaciones y vendré a pasar un par de días contigo. Me encontrarás en tu casa. He traído unas cuantas cosas estupendas para que cenemos juntas».

No hacía falta la firma.

Ella conocía sobradamente la letra de Patrice.

Miró el contenido de su bolso, enrojeció y preguntó con un hilo de voz:

—¿No puede usted prestarme cincuenta francos, señor Curelle?

El conserje la miró con sorpresa.

—¿Queeeé…?

—Cincuenta francos. Tengo un compromiso y estamos a final de mes.

—Hágame caso. No se los gaste en hombres, Jacqueline.

—¿Usted cree que tengo yo cara de invitar a los tíos? No soy tan fea…

—Es que hoy día hay cada sinvergüenza, Jacqueline… ¡Créame! ¡Se las saben todas! ¡En mis tiempos sí que podía ir una mujer tranquila! ¡A lo mejor tenía un hijo fuera de matrimonio cada nueve meses, pero lo que es pagar no pagaba ni cinco…!

Jacqueline dijo sombríamente:

—Prefiero soltar la pasta.

De todos modos Curelle le largó los cincuenta francos y ella tomó el Metro en la estación de Chatelet, transbordando en Palais Royal y en Opera y dejándose conducir hasta el final de la línea, en Pont de Levallois, después de la estación de Anatole France. Allí, en la rue Baudin, tenía su casa.

Antes de llegar a su casa compró con los cincuenta francos una serie de cosas selectas, de caprichos, en una charcutería. Compró también una botella de jerez de importación del que sabía que le gustaba a Patrice. Y café. Y pasteles. Y hasta, puestos a hacer cosas anormales, un habano corto para cada una, pensando filmárselo después de la pantagruélica cena.

Patrice era su mejor amiga, la única en la que había confiado durante los dos años en que vivieron juntas. Una amiga de verdad.

Lástima que luego el deseo de proseguir sus estudios la hubiera llevado a la lejana Oudville, en el sur de Francia. ¿Qué necesidad tenían de separarse las dos?

Pero todo había pasado. Ahora volverían a estar juntas al menos un par de días.

Cargada de paquetes como estaba, hizo girar el llavín y entró en la casa.

Patrice ya estaba allí.

Vio las luces encendidas.

Su amiga también había conservado un llavín por si en un determinado momento llegaba a París inesperadamente y deseaba alojarse.

—¡Patrice! —llamó—. ¡Patrice…!

Vio el comedor-sala perfectamente ordenado, con el mantel ya puesto sobre la mesa redonda.

—¡Patrice…!

Su amiga no estaba.

Jacqueline empujó la puerta de la segunda pieza, que era la destinada a dormitorio.

Y entonces vio aquello.

Entonces atravesó de golpe las fronteras del Más Allá.

Vio a los cuatro hachones.

El túmulo en el centro.

El ataúd.

Y en el ataúd el cuerpo de Patrice.

El cuerpo espantosamente inmóvil de Patrice, que estaba muerta…

* * *

Si Jacqueline hubiese tenido fuerzas habría gritado, pero ni eso pudo lograr. La garganta se le había agarrotado. Produjo un chasquido casi cómico. Sintió que sus piernas flojeaban y cayó de rodillas a tierra.

Hubiese querido gritar.

Tuvo que tocar las paredes de su propia casa para convencerse de que seguía en este mundo, de que todo aquello era cierto, de que no sufría una alucinante pesadilla.

Necesitaba llamar a alguien. Ella sola no podía resistir aquello. Todo era tan absurdo, tan irreal, tan alucinante, que si no venían inmediatamente a ayudarla se volvería loca.

Su mano trémula se dirigió hacia el auricular.

Estaba de espaldas al ataúd.

Por eso no se dio cuenta de nada.

No llegó a ver que Patrice, dentro de la fúnebre caja, abría los ojos.

No llegó a ver su mirada satánica.

No se dio cuenta de que se alzaba poco a poco.

De que venía hacia ella.

Sin ruido…

Como una sombra…

No pudo ver tampoco que las manos se dirigían hacia su cuello.

Tenía en el dial el dedo índice de la mano derecha.

Pero no llegó a girar.

De repente aquellas dos manos diabólicas se posaron en su cuello. Apretaron.

De repente la muerte penetró como un soplo por la nuca de Jacqueline.

La habitación dio vueltas.

Las sombras bailaban lúgubremente.

Como en una pesadilla del otro mundo…

CAPÍTULO III
A VEINTE METROS EMPIEZA EL OTRO MUNDO

La muchacha hizo el gesto maquinal de tensarse la falda cuando la puerta se abrió. Tenía la sensación de que, descuidadamente, había estado enseñando demasiado las piernas. Miró al hombre de bata blanca que la contemplaba desde el umbral y trató de sonreír, aunque no estaba muy segura de haberlo conseguido.

Se sentía asustada.

Pero el hombre le hizo un gesto alentador desde la puerta mientras susurraba:

—Pase, señorita Balfour.

Ella atravesó el umbral. Todo tenía un aire elegante, distinguido y que además era concreto. Natalie Balfour tenía la sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, no sufría una pesadilla.

El médico ayudante musitó:

—Me parece que se encuentra usted mejor, señorita Balfour. Ya camina con completa seguridad.

—Sí. La verdad es que me encuentro mucho mejor. Llevo bastante tiempo sin que las cosas den vueltas en torno mío. —Creo que no podía salir sola a la calle, ¿verdad?

—No. Corría el peligro de que me arrollara un autobús. Incluso una vez estuvo a punto de… de… de…

Sus ojos se nublaron un momento. El recuerdo volvía a ella como una oleada dolorosa y turbia. El médico ayudante se apresuró a decir:

—¿Pero quién se acuerda de eso ahora? ¡Qué tontería! Es agua pasada, señorita Balfour. Pase, pase… Como le estaba diciendo, tiene un magnífico aspecto.

Y era verdad que lo tenía.

Menuda hembra…

Pero el ayudante tuvo que aguantarse mientras indicaba cortésmente:

—Por aquí.

Las salas de la parte posterior de la casa eran muy luminosas. El sol entraba a raudales y descansaba sobre el elegante parqué y sobre las ricas alfombras españolas hechas en las Alpujarras. La chica se sentó y cruzó las piernas.

El ayudante musitó:

—¿Ha vuelto usted a intentar suicidarse, señorita Balfour?

Ella se estremeció.

Miró al frente.

Natalie bisbiseó:

—¿Qué acaba de preguntarme? ¿Qué cosa tan absurda está diciendo?

—Más vale que no mienta, Natalie. Usted ha venido aquí a curarse, no a mentir. La vez en que el autobús estuvo a punto de arrollarla fue porque usted se lanzó al paso. ¿Qué le pasaba? ¿Tan desesperada estaba? ¿Por qué no quiere confesarlo? Ella hundió la cabeza.

—No quiero engañar a nadie. Es cierto que me arrojé a su paso.

—¿Por qué?

—Estaba desesperada.

—¿Qué pensaba? ¿Que no iba a curarse nunca más?

—Sí.

—No podía entrar en una habitación cerrada, no podía apenas atravesar una calle… Todo daba vueltas, ¿verdad? En otras circunstancias hasta le hubiese parecido que yo mismo subía y bajaba en el aire.

—Sí…

De pronto el médico rió. Otra vez su cara se hizo cordial y sus manos trazaron un gesto de indiferencia en el aire. Puso una gran pantalla de cristal delante de los ojos de Natalie Balfour.

Era una pantalla parecida a la de las que tienen los aparatos de rayos X, pero ésta se despegaba de la máquina mediante un largo brazo metálico.

—Ya se da cuenta de que todo tiene remedio —dijo el ayudante —. Está usted muchísimo mejor y pronto comprenderá que todo

aquello era un sueño sin importancia. Eh… Mire aquí.

Le señalaba el cristal, o más bien la pantalla cuyo tamaño doblaba al de una pantalla normal de televisión.

—Eh… Mire aquí. No se distraiga.

Ella entornó los párpados. Hizo un gesto que parecía de miedo.

—Qué extraño… No sé qué me pasa, doctor… Veo sus manos enormes…

—Ah, sí… —el ayudante hizo un gesto y las manos desaparecieron—. Claro, es natural… Lo que tiene usted delante viene a ser una gigantesca lupa. Cuando uno pone los dedos detrás da incluso como una sensación de pesadilla… Pero es un sistema que ha inventado el doctor Mercier, el médico jefe, que la atenderá a usted esta misma tarde.

—¿Una especie de cristal-lupa? ¿Y para qué sirve?

—Por detrás se proyectan las imágenes de una película en una cinta de ocho milímetros, y en la pantalla aparecen muy ampliadas. Es sólo una prueba. A cada imagen usted tiene que decir lo que le sugiere.

—Vaya… El sistema ya es viejo.

—Pero la idea del doctor Mercier consiste en ligarlo todo por medio de una película. No crea que es fácil; ha tenido que hacer miles de análisis para llegar a esto.

—Muy bien, estaré atenta. ¿No apaga la luz?

—No hace falta. Gracias al cristal de aumento se ve perfectamente incluso con la luz del sol. Y como alguna imagen puede sugerirle incluso una idea de horror, es mejor que usted no esté a oscuras. Vamos a ver… ¿qué distingue aquí?

—Una vieja locomotora que avanza. Y no hace falta que me pregunte más. Es un plano de una antiquísima película del Oeste. Se llamaba Union Pacific.

—Diablos, qué memoria…

—¿Qué cree? ¿Que por haber tenido pesadillas soy una tonta?

—No, no… ¿Y qué le sugiere esa locomotora que avanza?

—Peligro.

—¿Y esto otro?

Aparecía un revólver en primer plano.

—Muerte.

La escena cambió de pronto. En la pantalla apareció una imagen

casi atrevida de una chica que se desnudaba ante un espejo.

—¿Y esto?

—Vicio.

—¿Es usted una puritana?

—No.

—¿Odia a los hombres o le dan miedo?

—Tampoco.

La escena volvió a cambiar repentinamente. Apareció una escena de una cinta de dibujos animados de Tom y Jerry.

—¿Y esto?

La muchacha rió con franca alegría.

—Niñez.

—¿Nada más?

—Sí. Cine de barrio.

El ayudante apagó una lucecita que estaba bajo la pantalla. Ésta reflejó tan sólo una enorme masa blanca porque estaba encarada por el otro lado hacia las cortinas del enorme ventanal.

Natalie volvió a reír.

—¿Qué pasa? ¿Se ha terminado ya la sesión de cine?

—Oh, no… Sólo pasa que ahora recuerdo que tengo que hacer una llamada urgente, señorita Balfour. ¿Me permite que la deje sola?

—Naturalmente.

—Enseguida continuaremos. Después de esta sesión, pasará usted a examen directo del doctor Mercier.

—Bien… —dijo ella con un gesto de hastío—, pero haga el favor de no espiar mis reacciones desde alguna mirilla secreta. Pienso estarme muy quieta…

—¿Conoce usted los trucos de los psiquiatras, eh, señorita Balfour?

—Me los sé de memoria.

El ayudante salió. Fue al otro lado del inmenso piso, destinado todo él a consultorio, y discó un número en el teléfono de uno de los despachos.

Una voz femenina le contestó al cabo de unos instantes. El médico preguntó:

—¿Es usted, señorita Balfour?

—Sí. Estaba esperando que me llamase.

—Me he retrasado irnos minutos sin darme cuenta. Perdone… Quiero decirle que su hermana Natalie está aquí.

—¿Ha llegado bien?

—Oh, sí…

—Era una prueba que estábamos haciendo, doctor. No sabe lo ansiosa que me encuentro. Ya le dije que Natalie había estado casi un año sin salir a la calle sola.

—Comprendo que tuvieran miedo desde que…

—Bueno… dejando aparte lo del intento de suicidio, estaba el hecho de que veía pesadillas y le parecía que las cosas se movían en torno suyo… Es imposible hacer en esas condiciones una vida normal. Hoy nos hemos arriesgado a dejarla Salir sola y venir hasta ahí, con ustedes, como si fuera una chica sana.

—Es que yo diría que es una chica sana, señorita Balfour. Creo que su hermana se ha salvado. He empezado a hacerle unas pruebas y sus resultados son absolutamente normales, aunque hemos de seguir investigando.

—¿Qué más piensan hacer?

Mientras el médico hablaba por teléfono, Natalie Balfour, en la soledad del consultorio, miró en torno suyo con expresión admirativa. Ella era una muchacha de posición acomodada, pero en su casa jamás tendrían tantas obras de arte como tenía allí el doctor Mercier. Había que ver cómo vivía el tío. Claro… ¡con las facturas que cobraba! Todos los chalados un poco ricos de Francia pasaban por su consultorio. Y también pasaban por allí, dejando su buen dinero, los que no eran chalados, desde la mujer que no encontraba satisfacciones en su matrimonio hasta el viejo verde que preguntaba si era una enfermedad eso de gustarle tanto las jovencitas. Natalie Balfour, que ya conocía bastante el ambiente de aquellos consultorios, se dispuso a esperar con paciencia mientras encendía un cigarrillo.

Alzó la cabeza antes de encender.

Tenía la pantalla enfrente.

La miró de una forma lógica, normal, sin prestarle la menor atención, puesto que ahora no pasaba ninguna película.

Y de pronto lo vio.

La mancha de sangre.

La mancha de sangre, como si fuera un inmenso escarabajo vivo,

saltó ávidamente y se aplastó contra las cortinas blancas.

Natalie ni siquiera parpadeó.

No estaba asustada.

Lo único que pensó fue: «Pues vaya película idiota me pasan ahora…».

Estaba absolutamente convencida de que continuaban la prueba por sorpresa y con una escena que produjera shock, a ver cuál era su reacción.

Encendió el cigarrillo tranquilamente.

Y pensó: «Bueno, ¿y qué hago yo ahora? ¿Decir en voz alta lo que pienso? Pues la verdad es que esa asquerosa mancha roja no me sugiere nada…».

Y lanzó una bocanada de humo.

¿Qué era aquello?

¿Por qué no continuaba la película?

¿Por qué se veían ahora tan sólo las cortinas blancas, monstruosamente aumentadas, y mecidas suavemente por el viento?

¿O es que quizá… aquello no era una película?

El cigarrillo resbaló de entre los labios de Natalie Balfour.

Se puso en pie.

Quizá —aunque eso fuera absurdo— la mancha de sangre había caído sobre las cortinillas del ventanal y el cristal de aumento que tenía delante había centuplicado su tamaño bruscamente.

Fue hacia el ventanal.

Las cortinillas estaban intactas. Eran suavemente mecidas por el viento, pues el ventanal estaba entreabierto. A veces el viento las apartaba un poco, a veces las volvía a traer. Pero la verdad era que se hallaban intactas. Ni una mancha de sangre.

La muchacha arqueó una ceja.

En fin, tenía que haber sido aquella especie de pantalla de televisión con mezcla de cristal de aumento que le habían puesto delante.

Pero era extraño, porque ella recordaba perfectamente que el médico, al marchar, había cortado el contacto.

Vio un botoncito rojo bajo el cristal.

Lo pulsó.

En la pantalla empezaron a animarse una serie de imprecisas escenas: una carrera de caballos, una pareja que se hacía el amor,

un combate de boxeo, un ataque de tanques…

Cada vez estaba más extrañada.

Pulsó de nuevo el botón rojo.

La pantalla volvió a quedar tan inexpresiva como unos segundos antes.

Natalie Balfour empezó a sentir en la garganta aquella crispación extraña que había sentido otras veces, cuando sus ataques empezaban. Tuvo que sujetarse a una mesa mientras la dominaba un estremecimiento de miedo.

Pero intentó serenarse. Intentó pensar…

«No, Natalie, tú no estás loca… Tú te has sentido muy bien últimamente… Y además, en tus pesadillas, jamás habías visto sangre. Esto tiene que ser otra cosa… Sí, muchacha, anímate. Tiene que ser otra cosa…».

Se situó de nuevo ante la pantalla.

Al principio vio sólo las cortinas. Pero de pronto estas… ¡se volvieron a manchar de Sangre…!

Natalie Balfour tragó saliva.

Miraba como una alucinada frente a sí.

El cristal de aumento la obsesionaba. Era como si aquello fuese una gran pantalla de televisión que le mostrara el Más Allá situado apenas a unos pasos.

Y entonces vio…

Bueno, vio un cuadro colgado en una pared amarilla. O, mejor dicho, tan sólo una parte del mismo.

Representaba un gran puente.

Sobre el puente había unas nubes grises. Luego distinguió otra vez las cortinas blancas. Iban y venían. Apareció y se borró la mancha de sangre.

Al separarse las cortinas vio de nuevo el cuadro… ¡y la cabeza de una mujer!

¡La cabeza de una mujer de la cual brotaba un surtidor de sangre!

¡Su cara estaba convertida en una máscara roja!

Y algo… ¡algo horrible se abatió sobre ella!

¡Era una bola de pinchos como las usadas por los guerreros de la Edad Media!

Un fragmento de la cabeza de la mujer saltó.

Dio la sensación de que el gigantesco cristal se teñía de rojo.

Las cortinas volvieron a flotar.

Y otra vez el cuadro…

Los pinchos que segaban el aire…

La sangre roja sobre la pared amarilla…

De pronto todo volvió a dar vueltas ante ella.

Los jarrones, la ventana, la luz del sol…

Lanzó un débil estertor y cayó blandamente a tierra.

Así la encontraron minutos más tarde los dos hombres cuando entraron en el consultorio. Así, con los ojos desencajados, respirando afanosamente, pero tan quieta como si estuviese muerta…

Fue el propio doctor Mercier quien la levantó. Su ayudante balbució, excusándose:

—Pero… ¡pero si hace irnos minutos estaba tan bien!

—Lo que hay que hacer es darle enseguida una inyección de coramina —gruñó el doctor Mercier—. Y vaya sitio para caerse… ¡Por poco me rompe con la cabeza ese jarrón de la dinastía Ming, que vale doce mil francos…!

CAPÍTULO IV
UNA PUERTECITA SOBRE EL ABISMO

—¡Y el muerto por poco se me desploma encima! —Gimió Cliff Soustelle—. ¡Chico, fue terrible! ¡Inexplicable, muchacho! ¿Tú sabes cómo tenía ya a Suzanne? Dime: ¿tú sabes cómo la tenía?

Lejeune hizo un gesto negativo.

—¿Cómo voy a saberlo? Tú eres un tipo tan raro… Lo mismo la temas sujeta por el pelo.

—¿Yo…?

—¿Qué quieres que te diga, chico? Eres capaz…

—Pues en ese caso te equivocas. La vez que me viste sujetando a una chica por el pelo fue para que no se me escapara. Pero a ésta le había puesto una mano aquí, otra aquí, otra aquí…

—¿Cuántas manos dices?

—Chico, no sé… Suzanne tenía tantas cosas para tocar que yo estaba mareado. ¿Pero tú conoces a Suzanne?

—Claro. Publicamos una vez su foto en el periódico.

—¿De cuerpo entero?

—No…

—Pues os perdisteis lo mejor, burros… ¡Chico, qué entusiasmo! ¡Cómo me había lanzado! ¡De qué modo iba yo en busca del gol! La tenía en el bote. La besaba en los labios, y al mismo tiempo en la garganta, y al mismo tiempo en los párpados que le temblaban de ansiedad, y al mismo tiempo en…

—Oye… Pues debes tener una boca más grande que un buzón de Correos…

Cliff se puso serio de repente. De todos modos no estaba enfadado por las ironías de Lejeune, porque Lejeune siempre procuraba estar de broma, pero le quería bien y a la hora de la verdad era el mejor amigo que tenía. Los dos atravesaron las

puertas de la prefectura, muy cerca del Sena, y entonces se evaporaron sus ganas de contar cosas. La imagen de aquel cadáver que había saltado desde el cielo volvió a él. Lo único que dijo, con voz ronca, fue:

—Chico… ¡Tan bien que la tenía…!

—Parece que sólo te importa la oportunidad que perdiste, Cliff. Y al muerto que lo zurzan, ¿no?

—Claro… ¡Al muerto que lo zurzan! ¿Quién lo mandaba caer sobre mi «Mercedes» descapotable alquilado? ¡He tenido que pagar los desperfectos y en un año no me va a quedar dinero ni para tomar el autobús! ¡Infiernos! ¡Estoy yo para acordarme del muerto ahora!

—¿Sabes quién era?

—¡Un hijo de su madre! ¡Eso era!

Lejeune le señaló unas solemnes escaleras de piedra que llevaban al primer piso, a los despachos principales.

—Vamos —dijo—. Y cálmate…

Cliff le siguió. Había ido a la prefectura con Lejeune porque junto a él se sentía más seguro. Lejeune llevaba mucho tiempo en París Match realizando reportajes sobre el hampa de todo el mundo y sobre los sucesos más increíbles que se daban en un lado u otro del planeta. Para él lo mismo era material de trabajo un atentado de Setiembre Negro que el drama de los que se vieron obligados a comer carne humana para sobrevivir en los Andes chilenos. Conocía a tanta gente en la prefectura, especialmente el inspector Bompart, que era quien los había citado, que yendo junto a Lejeune le parecía que todo iba a resultar más sencillo.

El periodista subió ante él. Había que ver la agilidad que conservaba el tío. Claro que a su edad —treinta años— muchos futbolistas de fama aún están en activo, y muchos boxeadores de clase siguen aspirando al campeonato mundial, pero también otros muchos seres humanos —la inmensa mayoría de las mayorías— están ya cansados, carcomidos por mil gusanillos y sintiendo en la espalda el peso de los asientos que arrastrarán durante todas sus vidas. Lejeune no. En cada momento del día parecía como si Lejeune hubiese vuelto a nacer y estuviera dispuesto a empezar una excitante aventura.

Eso admiraba a Cliff Soustelle, bajito, un poco tripón, ansioso de

bocas femeninas y al cual se le caían cosas encima siempre que tenía a una mujer a punto de meterla en el bote.

Llegaron ante la puerta del despacho de Bompart, Estaba tapizada en piel y denotaba a distancia la importancia del cargo. El inspector jefe dijo desde el otro lado:

—Pueden pasar.

Cliff se sentó tímidamente en un borde de la silla. Lejeune, como si aquélla fuera su casa, se arrellanó en una de las dos butacas y ofreció al inspector jefe cigarrillos recién traídos de La Habana.

—¿Auténticos?

—Llegué anteayer.

—¿Trabajo?

—Sí, pero en realidad estaba de paso para Haití. Eran cosas de las que ocurren con los tonton macoute las que interesaban. Si hay un poco de suerte, el reportaje aparecerá dentro de dos semanas.

—Señor Soustelle —dijo—, le he llamado personalmente porque quiero que firme delante de mí su declaración de anoche, dada la importancia que tiene. Yo no suelo intervenir personalmente en estas cosas, pero la llamada de Lejeune, amigo de usted, me ha movido a citarle para que se convenzan los dos de que el asunto va a llevarse con todas las garantías legales y queriendo causarle las menos molestias posibles. Aquí tiene su declaración de ayer. ¿Se reafirma en ella?

—Sí, claro… Dice exactamente lo que sucedió.

—Quiero aclararle, de todos modos, que en el intermedio hemos descubierto ya la identidad del muerto.

—Ah… ¿Quién era?

—Un loco.

Cliff suspiró con alivio.

—Lo había imaginado, ¿sabe?

—¿Por qué lo había imaginado?

—¡Hombre! Un tío que se carga un «Mercedes» de esa manera y con toda la mala baba. Hay qué ver…

—¿No se dio cuenta de que estaba usted aparcado casi bajo las azoteas del manicomio de Issy?

—Claro que me di cuenta.

—¿Por qué fue allí?

—Verá… La zona estaba solitaria y además era un sitio

estupendo para hacer locuras. Bompart exhaló una bocanada de humo pensativamente.

—El pobre tipo se arrojó desde la azotea —dijo—. Cayó encima de ustedes como podía haber caído encima de un camión municipal de basuras. Fue una simple coincidencia.

—¿Entonces se suicidó…?

—¿Es que había imaginado otra cosa?

Soustelle se mordió el labio inferior.

—No, nada… Claro que no. ¡Yo qué sabía! Hágase cargo, inspector. Con una mano aquí, otra allí, otra más allá…

—Por lo visto, usted acariciaba a la chica hasta con los pies.

—Uno hace lo que puede, señor inspector. Y además, ¿qué quiere que le diga…? La chica era una ganga.

Bompart depositó el cigarrillo sobre un cenicero de Sevres. Las cosas funcionales le molestaban en su despacho. Él tenía a gala ser en espíritu un policía de la época de
Luis XVI
, cuando la investigación de los delitos que se cometían en los pasillos de Versalles y en la Corte de los Milagros, de París, no estaba reñida con los pellizcos a las grandes damas y el coleccionismo de obras de arte.

—Sí, era un pobre loco —musitó—. El hecho, en sí, no tiene demasiada importancia si dejamos aparte la tristeza humana de la noticia. Los locos son muy propensos a sufrir crisis y quitarse la vida. Pero el muchacho que nos ocupa era un paciente tranquilo, bondadoso, quien había ingresado con pequeñas deficiencias y cuya curación había adelantado tanto que iba a ser dado de alta dentro de unos días. Según sus compañeros era el optimismo personificado. ¿Por qué diablos se quitaría la vida…?

—¿Y yo qué sé, señor inspector? A mí pregúnteme por lo que hacía con mis manos. Hay que ver el trabajo que tenía. No me daba cuenta de nada más, se lo aseguro.

—Es que su testimonio es de la mayor importancia, señor Soustelle. Por eso me he permitido hacerle venir otra vez. Si usted hubiera oído un rumor de lucha, o aunque fuera un simple grito, la tesis del suicidio se derrumbaría. Y entonces habría que pensar en algo mucho más importante.

Cliff negó con la cabeza.

—No oí nada, de eso estoy seguro. Y puedo garantizarle que el sitio era silencioso del todo.

—Perfectamente… En ese caso no hay más que hablar. Cerraré provisionalmente el asunto y ordenaré al jefe del establecimiento, el doctor Gary Blanchot, que me informe del resultado del expediente que ha de abrir contra los vigilantes nocturnos del manicomio. Porque no hay duda de que faltaron a su deber al permitir que uno de los locos llegara hasta la azotea.

Y cerró la carpeta.

Los tres hombres se pusieron en pie.

Iban a despedirse. Si aquel ayudante que entró entonces llega a entrar un minuto más tarde, jamás se hubieran sabido seguramente las cosas que llegaron a saberse luego.

Pero el ayudante entró entonces, precisamente entonces. Saludó a Lejeune, a quien conocía, y luego se dirigió a la mesa del inspector jefe Bompart.

—Un asunto de trámite, señor inspector. Se lo paso como todos los que pueden tener interés para la Prensa, por si usted cree que hay que hacer nota oficial.

—Pues la ha hecho usted buena, amigo, porque la Prensa está aquí. ¿No conoce a Lejeune?

—Claro que lo conozco. Me debe veinte francos.

Bompart hizo un gesto de fastidio.

—¿Cómo quiere usted que le suban el sueldo, si tiene tanto dinero que se dedica a prestárselo a los irresponsables? A ver, diga lo que sea.

—Una paciente se fugó de la sección femenina del manicomio de Issy.

Lejeune alzó la cabeza de pronto. Los cuatro hombres se miraron.

En el silencio que se produjo a continuación, Bompart preguntó únicamente con voz metálica:

—¿Sí…?

—La enferma se llamaba Patrice. No me puedo acordar del apellido ahora. Tengo los datos fuera.

Bompart miraba como hipnotizado las volutas de humo de su cigarrillo sobre el cenicero de Sevres.

—Siga.

—Bueno… Esa chalada hizo algunas chaladuras, claro. No dirá usted lo que se le ocurrid.

—Por ahora no soy adivino. No me pagan para tanto.

—Hay una pequeña empresa de pompas fúnebres cerca de Pantin. Tenían ya cargada una furgoneta con un ataúd, el túmulo y los cuatro candelabros con hachones. Vamos, un reparto.

El silencio se había hecho agobiante de pronto, y ninguno de los cuatro hombres encerrados en el despacho hubiera sido capaz de decir por qué. Bompart musitó:

—Siga.

—Bien, pues esa loca robó la furgoneta que ya estaba estacionada ante la tienda. No le fue difícil puesto que incluso tenía puestas las llaves de contacto. El conductor y su ayudante estaban dentro recogiendo el albarán de entrega.

—¿Y qué hizo con la furgoneta?

—No lo sabemos.

—¿No habla?

—No. Se encuentra en un estado de postración muy profundo. No suelta una palabra. Cualquiera diría que siente una pena muy profunda por algo.

—¿Y cómo fue posible que no la detuviera nadie mientras circulaba por París?

—Pues… En fin, parece que sobre el asiento del conductor estaba la gorra. Ella se la puso y no llamó la atención de nadie, vestida de negro como vestía. ¿Las melenas que salían por debajo? Bueno, ¿y qué? ¡Con tantas melenas como circulan por ahí…! ¡No hay derecho! ¡Si hoy día pellizcas a una en el Metro y resulta que has pellizcado a un cobrador de impuestos!

A Bompart no le hizo gracia el comentario. Tenía las facciones rígidas. Con voz opaca preguntó:

—¿No saben a dónde fue?

—No, ni idea.

—¿Cómo la descubrieron?

—A las dos de la madrugada iba sin rumbo por París y saltándose las luces rojas. Como es natural, le echaron el guante y se descubrió todo.

—Quizá no había ido a ningún sitio —sugirió Lejeune—. Quizá había estado rodando durante todo ese tiempo.

—No, no puede ser —susurró el ayudante—. En primer lugar faltaba poca gasolina en el tanque, y en segundo lugar no estaba dentro de la furgoneta todo el material que se llevó. Faltaba el túmulo. Seguro que el túmulo hubo de dejarlo en alguna parte.

Lejeune tragó saliva.

Era una sólida razón.

—¿No tienen idea de dónde? —susurró.

El inspector jefe Bompart acarició el cenicero de Sevres.

—Lejeune, te hago una llamada al orden —dijo secamente—. Soy yo quien pregunta y nadie más.

—De acuerdo, hombre, de acuerdo…

—También voy a pedirte un favor. Este asunto no tiene demasiada importancia, después de todo, ya que se trata de un robo extravagante cometido por una loca. Cada día se presentan cosas así. Pero como casualmente el asunto está relacionado con el suicidio del manicomio de Issy, no conviene a la justicia que se arme sobre el asunto un alboroto de Prensa. Te pido una tregua durante dos días.

—¿Vas a dar una nota oficial?

—No. Naturalmente que no.

Lejeune se encogió de hombros.

—De acuerdo… —dijo sonriendo—. El asunto tampoco merece demasiado la pena. No diré absolutamente nada hasta que tú me autorices. Y como París Match tampoco es un diario, sino un semanario… Quiero decir que hasta la semana que viene tampoco podríamos publicar una línea.

—Perfecto. ¿Y Cliff Soustelle dirá algo?

Cliff Soustelle pegó un saltito.

—Yo no, señor inspector. ¡Qué va! Bastante trabajo tengo con mis asuntos. Una mano por aquí, otra por allí, otra…

—Amigo Soustelle, va a necesitar usted diecisiete anillos de boda. Y ahora lárguese. Ten en cuenta lo que te he dicho, Lejeune.

Los dos hombres salieron.

—Voy a ver si aún atrapo a Silvie en su casa —dijo precipitadamente Cliff—. Sólo va allí a las horas de las comidas.

—¿Silvie? ¿Pero no estabas tú arrinconando a Suzanne con tus diecisiete manos?

—A Suzanne ya la tengo que dar por perdida, muchacho.

Desgraciadamente está perdida para siempre jamás. A ella le pirra la riqueza y yo no tengo un chavo. En lugar de alquilar un «Mercedes», tendría que alquilar un autobús destinado al desguace y llevarla a pasear por los vertederos del Sena. Silvie tiene la ventaja de que es hippy. A ella le da asco la riqueza. Oye, ¿crees que aún encontraré abierta a estas horas alguna charcutería?

—En el bulevar Saint Michel seguro que sí. ¿Pero por qué…?

—Silvie detesta el dinero, pero la comida no. ¡Tiene un apetito, macho…! Bueno, adiós. Y que te zurzan…

Se largó a toda velocidad.

Lejeune produjo un chasquido con dos dedos mientras atravesaba poco a poco, pensativamente, la explanada de Notre Dame.

No sabía lo que le pasaba.

CAPÍTULO V
NEGRO ES EL CIELO

A la mañana siguiente, y a pesar de que Lejeune tenía bastantes cosas que hacer, se dirigió a la empresa de pompas fúnebres cercana a Pantin donde había sido robada la furgoneta, pero tuvo la sorpresa, antes de llegar, de ver al propio inspector jefe Bompart dirigiendo el trabajo de los expertos que tomaban medidas y buscaban huellas. Eso indicaba que, en contra de lo que había dicho —«el asunto no tiene importancia»—, la prefectura de París estaba concediendo mucho relieve a los dos extraños casos del manicomio de Issy. Lo que ocurría era que lo hacía de una manera confidencial, sin dar la menor oportunidad a la Prensa. Por lo tanto, Lejeune no pudo ni acercarse por allí. Le hubieran echado a patadas. Bompart habría fingido no conocerle y le habría acusado hasta de tener caducado el permiso de conducir. Antes de que le viesen, Lejeune se largó a toda velocidad con el rabo entre piernas.

Pero supuso que Bompart no había investigado aún a fondo en el manicomio de Issy, de modo que se dirigió hacia aquel lugar. Como suponía, y pese al prestigio de París Match, le recibieron de uñas.

—No tenemos nada que decir.

—No puede ver a la enferma.

—Los médicos tienen prohibido contestar preguntas.

—El director no está.

—La chica que hizo el robo se encuentra en observación.

—Y ahora lárguese.

—¡Lárguese!

—¡Lárgueseeeee…!

Total, muy amables. Pero como Lejeune ya esperaba eso, musitó:

—¿Han avisado a los familiares?

—La chica no tiene familiares.

—Ah…

—Ya hemos hablado bastante. Tenga la bondad de irse.

Lejeune se largó con el rabo entre piernas otra vez. O lo fingió.

Una vez en la puerta preguntó:

—Esa pobre muchacha me es simpática. O quizá me dé pena, ¿sabe? No acierto a explicarlo. ¿Pero no podría enviarle cigarrillos o revistas algún día? ¿Está prohibido?

—De momento sí porque se halla en observación. Más adelante tal vez pueda hacerlo. Le atenderán en mayordomía.

—Gracias.

Lejeune fue a mayordomía.

Pero antes compró dos cartones de cigarrillos americanos en un estanco. Los depositó discretamente, junto con un billete de diez francos, en la mesa del empleado que atendía las entregas. El empleado tenía una mirada ávida de tío que quiere salir de apuros y que se juega la paga en el hipódromo de Lonchamos todas las semanas.

—Esto para usted —susurró Lejeune—. El otro paquete de cigarrillos para la señorita Patrice.

—Ah, muy bien…

—Por cierto, ¿no ha recibido la señorita Patrice el envío de este mes?

—¿El envío de este mes…? Este mes, este mes… Vamos a ver… A Patrice sólo le envían cosas tres o cuatro veces al año, si no recuerdo mal. No tiene parientes. Siempre se las remite una amiga desde la rué Baudin, pero llegan dando un largo rodeo desde un colegio de Oudvile, en el sur de Francia. Lo único que recibe son revistas y cigarrillos. Nada más.

Lejeune sonrió como si el dato no tuviera importancia.

—Gracias —musitó.

Y salió de nuevo a la calle.

De modo que la rué Baudin, en París… De modo que un colegio en el sur de Francia…

La rué Baudin estaba más cerca, de modo que se dirigió hacia allí.

Conocía la zona, en los límites de los distritos de Neuilly y Levallois-Perret. Pero todo aquello estaba cambiando tanto que se confundió. Grandes bloques colmena se alzaban donde antes hubo

viejos inmuebles o vulgares casitas de una sola planta, rodeadas por su jardín. La rué Baudin es bastante larga, pero Lejeune eligió un sitio que daba a la parte trasera del hospicio situado frente a la rué Vaillant.

El joven husmeó en los pequeños jardines abandonados de las dos o tres casas del sector que aún eran de una sola planta. Las huellas de neumáticos marcadas en uno de los jardines le llamaron la atención. Eran unas ruedas de neumáticos «Michelin» que, por su tamaño, podían corresponder a una furgoneta. Penetraban en el jardín, se detenían en su parte posterior —donde sin duda el vehículo estuvo estacionado bastante rato— y volvían a salir. Aquellas huellas se marcaban con claridad gracias a que había llovido dos días antes.

Lejeune husmeó el ambiente.

Todo tenía un cierto aspecto irreal.

La casa abandonada, el jardín que se iba llenando de arbustos, él rumor del viento que llegaba en lentas ráfagas desde el sur, desde el bosque de Bolonia…

Y había algo más.

Por los intersticios de una persianilla bajada se notaba que estaba encendida la luz. La luz estaba encendida en el interior en pleno día.

Lejeune se puso un cigarrillo entre los labios.

Que le mataran si no había dado con el sitio que estaba buscando.

Tenía que darse prisa, de todos modos, antes de que llegaran los hombres del inspector Bompart, pues estos acabarían husmeando la misma pista que había husmeado él. De modo que se dispuso a forzar la puerta trasera de la casa, la que daba al sector del jardín donde había estado estacionada la furgoneta; era un sitio que no se veía desde la calle.

Y tuvo la primera sorpresa.

Aquella puerta trasera no estaba cerrada. La cerradura se hallaba encajada solamente. Durante casi cuarenta y ocho horas cualquiera podía haber entrado en la casa tranquilamente. Pero, sin duda, nadie se había acercado allí. Él era el primero que venía en todo aquel tiempo. Entró y cerró a su espalda, mientras sus ojos escrutaban los detalles de la pequeña cocina.

La atravesó.

Vio entonces lo que sin duda era sala de estar y comedor. Una mesa redonda estaba puesta como si dos personas fueran a comer. Sobre una butaca aún se hallaba un paquete bastante voluminoso con la marca de una charcutería. Aquel paquete despedía un aromático olor a café recién molido y a embutido de buena clase.

Siguió avanzando. No había ante él más que una puerta que, sin duda, daba al dormitorio. La atravesó.

Pudo ver la cama al fondo.

Una alfombra arrugada.

El túmulo situado aún en el centro de la habitación.

Y la chica, muerta…

Lejeune sintió que el vértigo, como una oleada, llegaba hasta sus ojos. Resultaba imposible explicar eso. Era como si el vértigo, saltando desde las sombras, le hubiera dado un puñetazo para obligarle a tambalearse. Se apoyó con la mano derecha en una de las jambas de la puerta y miró ante sí.

La muerta, por lo que pudo ver, había sido una chica joven y pasablemente bonita. Sus ropas se habían desordenado algo al caer, pero estaba claro que en ese sentido no había sufrido violencias. La ropa interior que mostraba era de calidad media, pero estaba muy limpia y hasta había sido elegida con su puntito de coquetería. Lejeune examinó en silencio la posición del cuerpo.

Sin duda a la muchacha la habían atacado por detrás mientras estaba junto a la ventana. Debió hacerlo sin duda alguien que estaba sobre el túmulo, probablemente metido en el ataúd que antes estuvo allí. La víctima había tenido tiempo de volverse para encontrarse ante la monstruosa visión. Y había sufrido una brutal presión en el cuello, pero Lejeune más bien se inclinaba a atribuir la defunción a un fallo cardíaco.

Es decir, la muchacha, había muerto de miedo…

Procurando no dejar huellas en ninguna parte, revisó los documentos que la muerta tenía en su secreter. Y entonces se convenció de que no se había equivocado, y de que en efecto existía una íntima relación entre la víctima y la loca llamada Patrice, la que se había fugado de la sección femenina del manicomio de Issy.

La muerta, según pudo ver por sus documentos, se llamaba Jacqueline. Trabajaba en una vieja casa de seguros de la rué Saint

Jacques, una especie de mutua que estaba especializada en seguros para los ancianos.

Encontró varias copias de cartas dirigidas desde un centro educativo llamado Institución Universitaria de Oudville. Pirineos Orientales. Eran cartas manuscritas firmadas por «Patrice».

De ellas se deducía que ambas eran muy amigas. Que tenían absoluta confianza la una en la otra.

Claro que se deducían otras cosas también. Por ejemplo:

Jacqueline ignoraba que su amiga Patrice estaba en un manicomio dé París, pese a escribirse ambas con frecuencia.

Creía que se estaba educando en Oudville. Y las cartas que le enviaba, así como los paquetes de cigarrillos y revistas, iban a Oudville efectivamente, pero allí Patrice debía tener alguna amiga o quizá alguna pariente lejana que remitía los paquetes y las cartas al manicomio de Issy.

Con las cartas que escribía Patrice, pasaba lo mismo. Las remitía a Oudville, en el papel impreso de la Institución Universitaria que, sin duda, le habían proporcionado, y desde Oudville eran remitidas a la rué Baudin, con el matasellos correspondiente. De ese modo Jacqueline estaba completamente engañada con relación al paradero de su amiga.

Daba la sensación de que ésta había querido engañarla de una forma piadosa, para que no supiese que estaba encerrada en un manicomio.

Pero eso significaba también que Patrice era una loca «inteligente», es decir que sentía la llamada del afecto tanto como una persona normal y además era capaz de organizar un plan coherente para que su amiga no supiera lo que le pasaba.

Acercándose a la ventana entrecerrada, Lejeune examinó con cuidado las cartas. Todo lo que se decía en ellas era sensato y estaba lleno de sensibilidad. Leyéndolas, podía uno apostarse las dos manos a que la loca Patrice era una buena persona. Y o él entendía muy poco de grafología o Patrice tenía un carácter abierto, espontáneo, carente de dobleces, y además muy cariñoso. Resultaba completamente absurdo que, mediante aquella comedia macabra, hubiera asesinado a su mejor amiga.

Porque había sido ella.

De eso no cabía duda.

Allí estaba la nota.

Jacqueline aún llevaba en su bolsillo la que le entregó el conserje al salir del trabajo. Sin duda volvió a casa con algunas cosas compradas para celebrar el regreso de su amiga y se la encontró en el ataúd. Luego la «muerta» la atacó. El resultado estaba ante los ojos de Lejeune.

Toda su experiencia, todo lo que había visto en terremotos, en asesinatos múltiples, en atentados horribles, no le servía de nada ante la situación sobrenatural que tenía enfrente.

A algo que había sucedido porque lo ordenaba una voz remota llegando desde el Más Allá.

Primero el extraño suicidio del loco de Issy.

Ahora esto.

¿Y qué más…?

De pronto tuvo que abrir aquellos ojos de golpe.

Estaba sonando el teléfono.

En el primer instante no supo si contestar o no, pero al fin se decidió a responder a la llamada. El peligro que eso representaba estaba compensado por la posibilidad de averiguar algo importante. De modo que descolgó y, con una voz sin matices, invitó:

—Diga…

Una voz masculina le preguntó desde el otro lado del cable:

—¿Está la señorita Jacqueline?

—Sí… Sí que está… en cierto modo.

—¿Qué quiere decir «en cierto modo»?

—Que depende de quién la llame. ¿Quién la llama?

—Oiga, señor, ésta es la compañía Albatros. Al-ba-tros. Seguros mutuos para la vejez, enfermedad, entierros y accidentes. Seriedad garantizada. —Muy optimista. Sólo faltaba que tratando con viejos, enfermos, muertos y accidentados aún se rieran. Siga.

—Oiga, ¿quién es usted?

Lejeune ya había adivinado a aquellas alturas de qué se trataba. Con voz más confidencial preguntó:

—La deben llamar porque hace dos días que falta al trabajo, ¿verdad?

—Sí, eso es. Falta al trabajo. Y cuando uno solo quiere cobrar y no dar golpe, no le van a valer ni los sindicatos, oiga.

—La señorita Jacqueline está enferma —dijo él—. Soy el médico

que la atiende. Casualmente han llamado ustedes cuando yo me encontraba en la casa, porque de lo contrario no habría podido ni contestar al teléfono. Le tengo absolutamente prohibido que saque un pie de la cama. ¿Algo más?

—Ah, bien… Ejem… Bueno, doctor… ¿Estará mucho tiempo enferma?

—Me temo que sí. Ya me pondré en contacto con ustedes antes de mañana, para formalizar su baja. Buenos días.

Y colgó.

No había podido averiguar nada de lo que pensó. Había tenido esperanzas de que llamara la propia Patrice, aunque desde el manicomio era muy difícil. Al contestar no había logrado más que ponerse en peligro.

En fin, era tarde para lamentarlo.

Dejándolo todo tal como estaba, salió a la calle procurando que nadie le viese. Estaba completamente seguro de que los sabuesos del inspector Bompart no tardarían ni dos horas en dar con la pista de aquel hueso.

Atravesó un par de solares sin edificar para pasar desapercibido. Luego se perdió en el relativo tumulto de la rué Presidente Wilson, que había de llevarle en línea recta hacia la populosa Avenue de Villiers.

No sabía lo que le pasaba.

No era capaz ni de mirar al cielo.

Porque el cielo, en esta extraña mañana, se había vuelto ante sus ojos siniestramente negro.

CAPÍTULO VI
LA HABITACIÓN QUE NO EXISTÍA

Marie Balfour miró con expresión preocupada a su hermana Natalie. Desde que la habían traído con toda clase de precauciones desde la casa del doctor Mercier, sentía como si una pesadilla indefinible la rodease por todas partes. Tenía la oscura impresión de que el cielo había cambiado de color, de que los días eran más tristes y de que sus esperanzas estaban muriendo. Había momentos en que pensaba que le iba a ser difícil soportarlo.

Dio unas vueltas con la cucharilla al contenido de la taza de té y se la entregó a su hermana Natalie silenciosamente.

Natalie aún tenía los ojos turbios.

Daba la sensación de que no pensaba nada, de que no veía nada, de que desde que la trajeron de la casa del doctor Mercier vivía en un mundo de nebulosas, cargado de presagios y preñado de pesadillas.

Sin embargo, bebió el té con mano firme.

—¿Cómo te sientes? —Mejor…

—Hace dos días que volviste de la casa de Mercier, Natalie. ¿Vas recobrando la calma?

Ella asintió.

Se notaba que hacía un esfuerzo terrible de voluntad para mantenerse serena.

Pero aún seguía teniendo la mirada perdida.

—Tú eres mi hermana mayor —dijo Marie suavemente—. Eres la heredera de una fortuna que no resulta desdeñable. ¿Qué quieres que piense si no te recuperas? ¿Cómo quieres que arreglemos con papá los asuntos de familia?

—Papá está enfermo en el hospital. Déjalo. No le des preocupaciones.

—No puedo… Siempre me pregunta por ti, puesto que quiere hacer testamento. Ya no sé cómo mentirle. Siempre le digo que te encuentras mejor, pero no creo que le convenza.

—Lo mío pasará —dijo Natalie como si quisiera convencerse a sí misma—. Pasará…

De pronto preguntó inesperadamente:

—Marie…

—¿Qué?

—¿Por qué me das siempre tan grandes cantidades de este té? ¿Por qué me lo preparas tú misma?

La hermana menor se estremeció imperceptiblemente.

—He elegido este té porque es el mejor que conozco. Y te lo preparo yo misma por una simple atención personal. Mientras no te encuentres mejor, no quiero que estés al cuidado de las sirvientas.

—Gracias, Marie. Sin ti no sé qué haría.

Marie se mordió el labio inferior suavemente.

—Oye… Ha llamado el doctor Mercier.

—No quiero volver allí —dijo Natalie tenazmente—. No quiero volver…

—¿Pero por qué? ¿Qué viste…?

—Demasiado sé que vi cosas que no existían.

—Pues, por eso mismo… El doctor Mercier quiere examinarte personalmente él. Nada de ayudantes. No quiero engañarte, Natalie, pero por su tono de voz me ha dicho que le preocupas mucho. Lo prueba el que haya llamado directamente. Una eminencia como él no se suele ocupar de esos detalles.

—He dicho que no quiero volver a la casa de Mercier.

—Es el psiquiatra más famoso de Francia. Y el más caro…

—Precisamente por eso no quiero volver. Ahórrate la «pasta».

—Hija, qué modo de hablar… Y al fin y al cabo la «pasta» es más tuya que mía. Mira esto.

Había sacado de un bolsillo un papel impreso con el nombre y la dirección del doctor Mercier. En ella rogaba a Natalie, confirmando la llamada telefónica, que acudiera a su consultorio privado de la rué Bentham, donde podría atenderla de modo directo. Le daba hora para las cinco de la tarde de aquel día.

—Me dijo que me confirmaría la llamada —explicó Marie—, y lo ha hecho. Yo creo que debes ir. Bueno, si te atreves a ir sola por la

calle…

—¿Quiere que vaya sola?

—Necesita hacer una prueba. Pero como yo no estoy dispuesta a que te ocurra nada, te acompañaré. No creo que se enfade por eso.

Natalie suspiró con desaliento.

—Comprendo que tengo que curarme —dijo—. Comprendo que debo ser valiente y luchar contra mis propias pesadillas. Iré… Haré todo lo que el doctor Mercier me diga.

—Pero yo voy a acompañarte.

—No, querida.

—Natalie, por Dios…

—¿Temes que me arrolle un autobús? No, no te preocupes… Esta vez estoy tan asustada, tengo tanto miedo que ya ni la muerte me va a librar de mis pesadillas, de modo que prefiero luchar cara a cara contra ellas. Iré a ver al doctor Mercier y me someteré a su tratamiento. Haré al pie de la letra lo que él me diga…

—¿Pero de veras no quieres que…?

Natalie la interrumpió con un gesto.

—¿Qué hora es? —musitó.

—Las cuatro.

—Pues entonces debo darme prisa. El doctor Mercier me ha citado a las cinco, ¿no?, pues voy a cambiarme e iré en mi propio coche. Quiero saber si también distingo semáforos que no existen…

Y se acercó a la ventana.

A ella también le parecía que el cielo se había vuelto negro.

—¡Qué tiempo…! —Bisbiseó—. Ni que encima de París hubieran puesto la lápida de una tumba…

* * *

Más o menos a aquella misma hora, en incluso a plena luz del día, Cliff Soustelle se estaba jugando una de sus últimas oportunidades con Silvie, la hippy. La tenía ya en el bote. Todo consistía en aprovechar un buen momento, atacar de flanco y llevarla al estudio de su amigo Taferre, el pintor, quien le había dejado la llave prometiéndole que no volvería hasta el día siguiente.

Muy pocos días antes, cuando un muerto le cayó encima del

«Mercedes» alquilado, Cliff estaba lo que se dice sin un clavo.

Había pedido préstamos hasta al presidente de la Audiencia.

El tío se lanzaba por la calle de en medio.

Pero Silvie lo valía, qué cuerno.

Por muy hippy que fuera.

Por mucho que tragara.

Todo lo que tragaba se le ponía en forma de carne dura y prieta debajo de aquellos pantalones téjanos que ya parecían a punto de reventar. Se le ponía debajo de aquella blusita comprada en Carnaby Street y se le acumulaba en aquellas dos tentadoras… ejem… glándulas mamarias con las cuales se hubiera podido atender (con perdón) las necesidades alimentarias de aquel mes en la Lactancia Municipal. Claro que para eso hacía falta previamente fecundar a Silvie, cosa que él estaba dispuesto a hacer desinteresadamente y pensando solo en el porvenir de los lactantes. Cliff Soustelle pensaba a veces que Silvie, a los treinta años, sería un tonelete de cerveza marca «Pils», pero ahora, a los diecisiete añitos… ¿quién le echaba la zarpa encima?

¡EL!

Susurró:

—Nena… Deja que te bese, nena, chata, vida mía… En el interior de este coche donde estamos tan arrimaditos no nos ve nadie.

—¿Es tuyo?

—¡¡Sí!!

—Hace dos días no lo tenías.

—Lo he comprado esta mañana. Tú lo estrenas, chata.

—Pues la tapicería está algo gastada. Te han dado un saldo, nene.

En realidad, Cliff lo había alquilado, naturalmente, pero no se había dado cuenta del detalle de la tapicería, pensando tan sólo en que era un modelo de nuevo rico. Mientras palidecía un poco susurró:

—¿Quién piensa en eso? Ya reclamaré a la casa, nena. La «Ford» me las pagará.

—No es un «Ford». Es un «Studebaker».

—Pues me las pagará la casa «Studebaker». Pienso hundirles. Menudo soy yo… ¡Con la influencia que tengo en los tribunales del

Sena!

—Yo odio a los tribunales, pichoncito. Soy una mujer libre.

—En confianza, yo también los odio. Pero estoy dentro de ellos para destruirlos, ¿sabes? Para aniquilarlos… Je, je… Hay que conseguir una sociedad igual para todos, sin jueces y sin libros registro. Todas las mujeres para el primero que las atrape.

—¡Qué adelantado eres, pichón! En las reuniones del club ni siquiera llegamos a tanto.

—Deja que te bese… Ñam, ñam… ¡Ay, nena…!

—Quieto, hombre… Espera al menos a que termine el bocadillo.

—Pero si llevas comiendo media hora…

—Una tiene que nutrirse. Si no, luego me entra debilidad y… ¿qué?

—No hace falta. Yo te llevo en brazos adonde sea.

—Nada de llevarme en brazos. Es una costumbre burguesa. Hum… ¡Pero qué rico está este pedazo de salami!

Cliff suspiró desalentado.

—Chata, todavía no sé cómo es tu boca sin tener nada dentro. Suzanne era mejor.

—Ah, Suzanne… ¿Otra chica?

—Ujú.

—Así que tienes muchas…

—A patadas. No sabes tú bien qué clase de tío soy. Hasta me han desgastado la tapicería del coche. Las tengo que sacar a puntapiés. Todas se me meten dentro.

—Así debes ser partidario del amor libre…

—Y tan partidario… Como que lo he inventado yo. Tú también debes serlo, ¿verdad, nena?

—Así me gustas, Cliff. Muera la vieja y corrompida burguesía.

—Chata…

—Chatín.

—Deja que te bese…

—Todo lo que quieras, amor.

Ella se estiró un poco en el coche mientras susurraba:

—Pero qué cielo azul tan bonito…

No todo el mundo pensaba lo mismo a aquella hora. Había al menos un hombre y una mujer en París a los que el cielo les parecía espantosamente negro.

* * *

La mujer dejó el coche estacionado en un pequeño parking de la rué Bentham e hizo a pie los metros que le faltaban para llegar al consultorio. Miró la dirección que le habían anotado en el impreso; estaba muy cerca del despacho principal del doctor Mercier, tan cerca que hasta uno podía confundirse.

La muchacha atravesó el lujoso vestíbulo.

Tomó uno de los ascensores.

Segundo piso.

La misma altura que el consultorio principal de Mercier.

Avanzó hasta la puerta del fondo.

Vio la placa:

«DOCTOR MERCIER»

Pulsó el timbre.

Pero debía estar estropeado. Nadie contestó a su llamada. Entonces la muchacha empujó la puerta.

Otra vez el silencio.

Y el vacío.

Y aquel silencio que penetraba hasta el fondo de los huesos y que la iba paralizando a una.

Apenas había entrado la muchacha cuando el teléfono interior situado encima de la mesa se puso a sonar.

Aquel timbre produjo en ella el efecto de una serie de campanillazos que la destrozaban por dentro.

Esperó a que viniese la enfermera que tenía que estar de turno, pero nadie acudió. Y mientras tanto el timbre seguía sonando. Incapaz de resistir más tiempo aquellos timbrazos, la muchacha descolgó el auricular.

Una voz metálica preguntó:

—¿Señorita Lacombe?

—No soy la señorita Lacombe —dijo temblorosamente Natalie —. Usted debe preguntar por la enfermera, ¿no?

—Claro…

—Pues no hay nadie.

—Perdón. Creí que la señorita Lacombe había vuelto ya. Como esto está aún un poco desorganizado, ha tenido que atender a un enfermo que se ha puesto grave. ¿Usted quién es?

—La señorita Balfour.

—Ah, Natalie Balfour… Soy el doctor Mercier. Ha sido usted muy puntual. Pase, por favor… La puerta gris del fondo.

Y colgaron.

Ella colgó también.

Le temblaron las pupilas.

No sabía qué pensar, pero todo aquello tenía un aspecto tan silencioso y hostil como el de una sala de autopsias que se dispone a ser inaugurada.

Avanzó.

La puerta gris.

La brusca sensación de vacío…

Ésa fue la sensación que tuvo al entrar: la del vacío. El sol penetraba en la gran sala, pero en ésta no había nada. Ni muebles, ni alfombras, ni lámparas… Sólo las cortinas blancas. Natalie jamás había estado allí, pero, sin embargo, todo aquello le produjo una impresión vagamente familiar, como si no fuera la primera vez que ponía los pies en aquel sitio.

¿Quizá lo había visto en sueños?

¿Formaba tal vez parte de sus pesadillas?

No, no era sólo eso. Allí había «algo…».

El frío llegó por la columna vertebral hasta la más secreta intimidad de su cuerpo.

Los ojos de la muchacha pasearon por el recinto.

Giraron poco a poco.

Giraron, por ejemplo, sobre las paredes amarillas.

Sobre el único cuadro colgado, en el cual estaba representado un largo puente.

¿Dónde había visto antes aquel cuadro? ¿En qué clase de maldito sueño se había situado ante sus ojos?

Los ojos de Natalie Balfour siguieron girando, girando…

Por ejemplo, sobre las cortinas blancas.

En un ángulo de las mismas había una espantosa mancha roja que llegaba hasta el suelo.

Los ojos giraban…

Giraban…

Por ejemplo, hasta aquel ángulo también manchado de sangre…

Los ojos dieron una vuelta completa…

Buscaron, por ejemplo, el ángulo que estaba detrás de Natalie.

Y allí se encontraba la mujer de la cabeza destrozada, allí se encontraba aquella masa sangrienta, allí se encontraba aquel bulto inhumano. Allí estaba… ¡ALLI ESTABA LA PROPIA MUERTE…!

CAPÍTULO VII
UNAS PIERNAS BONITAS, UNA BOCA RÍGIDA

Cliff Soustelle musitó:

—Estás mucho más guapa cuando no comes, nena… —Ya lo sé… Pero si sigues besándome me voy a morir de hambre…

—Tengo una idea, Silvie. No me digas que no.

—No.

—¿Lo ves? ¡Ya estamos! ¡Las mujeres siempre os negáis a todo!

—Burro… Los hombres todo lo entendéis al revés. Te estoy diciendo que no te diré que no.

—Ah, entonces es distinto.

—¿Qué pretendes?

—Hacerte inmortal, chata.

—No me vengas con cuentos. Tú lo que pretendes no es inmortalizarme a mí, sino a la especie humana. Tú lo que quieres es hacerme un heredero.

—¡Qué poco me conoces, Silvie! Jamás cometería yo esos desatinos burgueses, propios de una sociedad que se está destruyendo a sí misma.

—De acuerdo, Cliff. Eres un tío. Deja que termine mi bocadillo.

—¡Bastarda! ¿Dónde está tu conciencia? ¿Vas a seguir tragando? ¿No sabes que medio mundo se muere de hambre?

—Tienes razón, Cliff. ¿Pero qué le vamos a hacer? Cuando pienso en los pobres indios me entra apetito. ¿Qué vas a hacer conmigo? ¿Cómo me convertirás en una mujer inmortal?

—Mi amigo el pintor Daferre te pintará. Sus cuadros están en todos los museos del mundo. Los millonarios se disputan el honor de posar para sus pinceles. Tu cara aparecerá en las mejores revistas de arte y será admirada en el Madison Square Garden.

—El Madison Square Garden es un sitio de Nueva York donde se celebran veladas de boxeo, chatín.

—Bueno… He querido decir en el Metropolitan Opera House… Digo… En el Metropolitan Museum… No creí que tú entendieras de esas cosas…

—¿Y qué quieres que hagamos mientras nos fumamos un «petardo»? ¿Jugar al parchís? En nuestro club leemos y nos hacemos una cultura. Nunca olvidaré el Metropolitan Museum porque el célebre cantante «pop», Tinakos Sakulas quiso colgarse allí. Fue un escándalo. Pobre chico, víctima de la corrompida sociedad de consumo.

—Tú también colgarás allí, amor, pero en el buen sentido.

—¿Tan bueno es Daferre?

—No lo sabes tú bien. Es un genio… Pero vamos a su estudio, pronto… Por casualidad está aquí cerca…

Mientras tiraba de la chica para sacarla del coche, Cliff pensaba con angustia en que a lo peor el burro de Daferre se había olvidado de quitar la placa que tenía en la puerta, una placa que decía:

GASTON DAFERRE
Pintor canino
Especialista en dogos y en pastores de Alsacia

En este mundo, para llevarse al bote aunque sea a una hippy como Silvie uno tiene que pensar en todo…

Ella susurró, ya medio convencida:

—Pero qué imaginativo que eres, amor… ¡Qué día tan maravilloso…!

* * *

Natalie Balfour no pensaba que aquel día fuese un día maravilloso.

Natalie Balfour había clavado sus desencajados ojos en la figura de la mujer que yacía en el rincón de aquella pieza. Ahora se daba cuenta de muchas cosas, ahora se daba cuenta de que, de pronto, el mundo irreal de sus pesadillas se había transformado en un mundo espantosamente real.

Porque a aquella mujer… ¡la había visto antes!

¡Era la que vio morir, con la cabeza destrozada por la bola de pinchos, aquella arma usada en la Edad Media!

¡Era la que distinguió a través del gigantesco cristal-lupa del consultorio del doctor Mercier!

Poco a poco sus pensamientos se iban concretando.

Por ejemplo, la mujer llevaba muerta al menos tres días. Como ocurre con todas las personas jóvenes que perecen de muerte violenta, la descomposición de su organismo se había retrasado, al ser un organismo sano. Pero ya empezaba a despedir un olor dulzón, espeso, un olor que penetraba en los pulmones como un líquido y que ahogaba entre un mar de náuseas.

Se dio cuenta también de que la mujer había sido bonita, a juzgar por su cuerpo. De la cara era imposible sacar conclusión alguna. Estaba tan destrozada, tan deshecha, tan desfigurada por los coágulos de sangre que Natalie no recordaba haber visto un cuadro semejante ni siquiera en las viejas películas de horror.

Las uñas penetraron en su garganta más profundamente.

Hubiese querido gritar.

El silencio era angustioso. Sólo lo rompía su respiración entrecortada, ansiosa, tensa…

Y fue entonces cuando oyó aquellos pasos.

Los pasos eran quedos, tranquilos. Rompían la quietud de la habitación con la solemnidad de los pasos de un verdugo.

Ella volvió poco a poco la cabeza.

Y entonces vio «aquello». La primera sensación que tuvo fue la de que volvía a soñar, la de que otra vez se había hundido en una de aquellas horribles pesadillas que la llevaron por primera vez al gabinete de un psiquiatra.

Con los ojos desencajados, vio avanzar a la figura.

Aquella figura era alta, solemne: Llevaba una especie de hábito negro hasta los pies, como un monje. Pero también llevaba una capucha del mismo color que sólo le descubría los ojos, como Natalie había visto en los viejos grabados o en las procesiones piadosas de la Semana Santa española.

Había en ella algo horrible, algo que helaba los nervios y la masa de la sangre.

Y en su derecha descansaba… ¡un arma como la que había

matado a la otra mujer! ¡Una bola de hierro cuyos pinchos aún estaban impregnados de sangre coagulada!

Natalie Balfour retrocedió hacia la pared.

El hombre (o quién sabe si la mujer) que venía hacia ella era solamente una masa oscura donde brillaban los ojos demoníacos. La mano que empuñaba la maza avanzó poco a poco.

¡La muerte vino hacia ella!

Fue un puro instinto el que la hizo moverse a tiempo, desviando la cabeza cuando ya casi los pinchos acariciaban su cara. La maza se empotró materialmente en la pared y destrozó gran parte de ésta. Incluso debió repercutir seriamente en el despacho del otro lado, pero aquel despacho debía estar vacío, porque nadie reaccionó.

Los pinchos de hierro se habían hundido de tal modo en la pared que la mano asesina tardó unos segundos en desclavarlos. Necesitó incluso la ayuda del otro brazo, con lo cual no pudo sujetar a Natalie. Ésta pensó fugazmente, mientras la estremecía el horror, cuán poca cosa hubiera quedado de su cráneo caso de recibir de lleno aquel golpe.

Pero esas fuerzas que da la desesperación volvieron a ella en fracciones de segundo. Se ladeó, resbaló por la pared y dio un salto hacia la ventana. Las cortinas la cubrían y las apartó ligeramente.

Entonces se dio cuenta: era allí donde habían matado a la otra mujer. La habían matado tan cerca de las cortinas que hasta éstas se impregnaron de sangre.

Forcejeó febrilmente con la palanca de metal que abría la ventana.

Pero ésta estaba muy dura aún, por la falta de uso, y no pudo moverla. Vio entonces que la fantasmal figura negra volvía sobre sus pasos.

Se lanzaba de nuevo hacia ella.

Ahora sus movimientos eran más rápidos, más nerviosos. Alzó la maza de nuevo.

¡La descargó!

Natalie también se había apartado, confiando en la agilidad de su joven cuerpo, y los pinchos de hierro, que hubieran debido desgarrar su cráneo, desgarraron las cortinas de arriba abajo. Pero Natalie Balfour ya se había dado cuenta de que no podría esquivar el tercer golpe. Jamás podría abrir aquella ventana en irnos

segundos… ¡y, por lo tanto, jamás podría huir!

Tomando impulso, chocó de cabeza contra una de las puertas que había cerca de la ventana, abriéndola de golpe. Sus ojos desencajados vieron una serie de cosas familiares: la pila de un lavabo, un depósito de agua, un calentador… Acababa de entrar en el cuarto de baño del despacho. ¡Y en él había una ventana! ¡Una ventana por la que podía pasar un cuerpo esbelto como el suyo! ¡Y estaba abierta!

La altura de un segundo piso era bastante considerable, pero no podía elegir. O una muerte probable buscada en el vacío o una muerte segura cuando la bola de hierro le destrozara el cráneo. Sus ojos desencajados vieron que aquella ventana daba a un pequeño patio interior en comunicación con la calle. En él había aparcado en forma casi inverosímil un automóvil quizá porque su conductor no había encontrado otro sitio o porque quería estar allí más tranquilo.

Natalie Balfour no podía pensarlo más.

Contuvo la respiración y… ¡saltó!

En aquel momento, abajo, la hippy Silvie le decía a Cliff Soustelle:

—Soy toda tuya, amor. Haz conmigo lo que quieras.

Cliff casi lanzó un grito de entusiasmo.

¡Al fin…!

¡Ya la tenía en el bote!

¡Ya era suya…!

Ya iba a…

¡BLAAAAAM…!

De pronto, el techo del «Studebaker» alquilado quedó arrugado como si sobre él hubiese caído un piano. De pronto todo el coche se estremeció. El mundo entero pareció girar mientras Cliff, aterrorizado, salía del vehículo.

Estuvo a punto de soltar una barbaridad.

Pero cuando vio en el techo del automóvil a Natalie, que había perdido el sentido, cambió de opinión. Lo único que gritó fue:

—¡Pronto! ¡Hay que sacarla de aquí!

Y sujetó a la muchacha por uno de los puntos más comprometedores de sus preciosos muslos.

Mientras pensaba en la posibilidad de algún masaje «científico» para reanimarla, susurró:

—Está mucho mejor que esa hippy que siempre traga bocadillos… ¡En cuanto se reanime la llevo al estudio del pintor! ¡Es una ganga…!

CAPÍTULO VIII
LA MUERTE NOS ESTÁ MIRANDO

—Chico, ya la tenía en el bote… —gimió Cliff Soustelle—. No sabes el trabajo que me había costado. Convencer a una hippy es una de las cosas más difíciles que hay en este mundo. No porque tuviera prejuicios, sino porque hube de demostrarle que yo odio a la burguesía, que tengo ganas de incendiar una Caja de Ahorros, que he leído a Marcusse y que no me puedo dormir si no es fumando un «petardo» y oyendo un disco de Bob Dylan. ¡O sea, todo lo contrario de lo que soy yo! ¿Qué le voy a hacer? ¡A mí me gustan Beethoven, Brahms y Debussy! ¡Yo no tengo ganas de incendiar una Caja de Ahorros, sino de llevarme lo que hay en ella! Pero cuando ya había pasado por todas esas horribles pruebas y la tenía en el bote… Cuando ya le había puesto una mano aquí, otra allí, otra allá…

—Abrevia, abrevia.

—…Cuando ya me había empeñado hasta el día de mi jubilación para alquilar un coche americano e impresionarla, me llueve una chica del cielo y… ¡BLAAAAAM…! ¡Me lo chafa todo!

Lejeune, que le había escuchado con paciencia creyendo que era una de tantas desgracias como le ocurrían a Cliff, hizo un gesto de aburrimiento. Sólo por pura cortesía preguntó:

—¿Y cuál fue la razón de que esa chica cayera desde un segundo piso? ¿Había resbalado cuando limpiaba los cristales de la cocina?

—No. Al caer perdió el conocimiento, pero decía cosas extrañas: No sé qué de una bola de pinchos. Y no sé qué de que iban a matarla.

Lejeune entornó los párpados.

En su cerebro se encendió una especie de lucecita roja.

Sabía ya que los hombres del inspector Bompart habían descubierto el cuerpo de Jacqueline en la rué Baudin, y sabía

también que, a pesar de los esfuerzos de la policía, la Prensa estaba destacando el caso. Sabía también que Bompart estaba hasta el cuello de trabajo, por ese motivo, y que en unas horas no le quedaría tiempo para seguir ninguna pista más.

Además, las pistas se habían acabado.

O al menos, eso creía él.

Hasta aquel momento…

El hecho de que un loco se hubiera arrojado desde la azotea del manicomio de Issy ligaba extrañamente con el hecho de que una muchacha se hubiera lanzado desde un segundo piso de uno de los bloques de despachos más elegantes de París. Podía ser una casualidad, ya que cada día hay mucha gente que se desloma en las grandes capitales. Pero de todos modos aquella lucecita roja ya estaba encendida y no podía apagarla.

—¿Qué chica es esa? —susurró.

—Se llama Natalie Balbour.

—La he oído nombrar —dijo pensativamente Lejeune—. Pertenece a una de las familias más distinguidas de París, una familia que todavía es bastante rica, pese a que en el siglo pasado lo fue mucho más aún. Incluso creo recordar que estaba sometida a tratamiento psiquiátrico.

Esa referencia a una posible locura ligaba el caso con lo ocurrido en el manicomio de Issy. La lucecita roja se encendió con más y más fuerza.

—¿Adónde la llevaste? —musitó.

—Pues verás… En la caída tuvo mucha suerte. Si llega a dar en el asfalto se mata. Me di cuenta de que había perdido el conocimiento a causa de la conmoción, pero que no tenía nada roto. Con el techo hundido y con Natalie ya metida en el coche, me puse a rodar como un Nuvolari hacia la clínica más próxima. Mientras tanto, aquella condenada hippy se hartaba de gritar por la ventanilla que la gente se suicidaba cada día más en París y que la sociedad de consumo era una caca.

—¿Cuánto tiempo lleva en la clínica, Cliff?

—Pues… desde ayer.

—Lástima que no me lo hayas dicho antes.

—¿Y yo qué sabía, muchacho? Mis desgracias sentimentales nunca te han interesado gran cosa…

—¿Qué clínica es?

—La Roch.

—Vamos allá.

—¿Yo también?

—Sí, tú también. Al fin y al cabo la llevaste allí y es natural que preguntes cómo se encuentra. ¿Qué dijiste a la policía?

—Bueno… Yo me limité a dar parte. Supongo que la interrogaron a ella. Oye… ¿no tienes dos mil francos? ¡Si devuelvo el coche hecho un acordeón me matan…!

Cuando llegaron a la clínica, Lejeune se dirigió en línea recta al despacho del director. Había estado varias veces allí, como había estado en casi todos los rincones de París adonde podía ir a parar un accidentado. El director le dijo que recordaba perfectamente el caso de Natalie Balfour.

—Es una lástima. Una chica de tan buena familia… No se mató por puro milagro, porque había un coche en aquel estacionamiento prohibido. Si no…

—¿Cómo se encuentra ahora?

—Mejor de lo que yo esperaba. Esa chica no sólo tiene un cuerpo bonito, sino un esqueleto de atleta. Lo único que sufrió fue una tremenda conmoción cerebral, de la que ya se está recuperando. Pero supongo que todo eso no me lo pregunta para publicarlo, ¿verdad? Dar cuenta del intento de suicidio de una chica tan joven sería una cosa muy poco caritativa, casi diría que una falta contra la ética más elemental…

—Naturalmente que no publicaré nada —prometió Lejeune—. No se debe ensuciar nunca la historia de una mujer de esa edad. ¿Pero por qué cree que fue un intento de suicidio?

—Por sus antecedentes. Natalie ha estado en tratamiento con varios psiquiatras, entre ellos el doctor Mercier. —Señal de que puede pagar sus facturas…

—No sólo eso. Indica también que cuando una persona acude al doctor Mercier es porque su asunto es grave. Natalia ya había tratado de arrojarse cierta vez al paso de un autobús. Tiene pesadillas, ¿sabe? Horribles pesadillas… Hay que situarse en el cerebro de una de esas personas para comprender lo que puede ser el infierno de sus vidas. Estoy convencido de que se metió en aquel sitio donde nadie la conocía para acabar de una vez…

—¿Ella qué dice?

—Se ha negado a hacer declaraciones a la policía. Afirma simplemente que se cayó.

—¿Y la policía está conforme…?

—Bueno, para el comisario del distrito ese es un asunto de rutina… Si no hay víctima no tiene por qué menear demasiado el asunto. Ya sabe lo que piensan esos polizontes: todo asunto que se menea demasiado, acaba despidiendo mal olor. Mejor dejar que las sopas se vayan enfriando en el plato. Además, como Natalie es de buena familia, no han querido forzarla demasiado. Y yo mismo dije que no estaba para interrogatorios, de modo que la dejaron en paz de momento.

—¿Y a usted? ¿A usted no le ha dicho ella nada?

—Eso… Sólo eso: que se cayó. Pero tengo la sensación de que está terriblemente asustada. De que tiene tanto miedo que por eso no habla.

—¿Miedo a causa de algo que vio?

—No. Miedo a causa de algo que imagina.

—¿O sea, que sus temores no tienen ninguna base real?

—¿Qué base real quiere que tengan los temores de los locos? ¿Por qué piensa que les encierran? Lejeune se pasó pensativamente un dedo por los labios.

Se dijo a sí mismo que estaba perdiendo el tiempo. Ni aquel asunto le interesaba ni sacaría jamás nada en limpio de él. ¿Qué tenían que ver las pesadillas de una muchacha trastornada con lo que había ocurrido en el manicomio de Issy? ¿Por qué había de relacionar una cosa con otra?

Y sin embargo…

—¿Podría verla? —preguntó inesperadamente—. ¿Me dejaría hablar con ella?

—No. Lo siento, pero no. Soy responsable de su salud, y además dudo que le conteste a ninguna pregunta.

—Pues tal vez podríamos hacer una cosa… Déjeme al menos verla.

—¿Con qué pretexto?

—Usted le hace una visita o finge hacérsela. Yo me coloco una bata blanca encima y entro en la habitación. Le juro que no diré una sola palabra. Únicamente quiero verla.

—De acuerdo… Lo haré por usted, Lejeune, pero prométame que no despegará los labios. Y sólo un par de minutos, ¿eh? Vamos…

La habitación que le habían destinado a Natalie era una de las mejores de la clínica Roch. Cuando los dos hombres entraron, la muchacha estaba junto a una de las ventanas. Clavó bruscamente en ellos una mirada de angustia, de desolación y de miedo.

Lejeune tuvo la brutal sensación de que jamás olvidaría aquella mirada.

De que jamás olvidaría la belleza de Natalie, pero sobre todo aquella patética mirada. La muchacha estaba acorralada en la gran selva de París. Veía llegar desde todos los rincones sombras espesas que querían matarla. En sus ojos estaba el terror, pero también estaba la verdad.

¿Era posible que todo aquello obedeciera a simple imaginación suya?

¿Era posible que no fuera más que una loca?

Lejeune no tenía los suficientes conocimientos para decidir eso, y, por lo tanto, se limitó a seguir el plan que había trazado de antemano: mientras el director hablaba con ella, introdujo la mano en el vestido desgarrado de la chica, que colgaba de una percha, y sacó la pequeña carterita que había en uno de sus bolsillos.

Natalie llevaba una bata blanca.

Sólo contestó con monosílabos a las preguntas del médico.

Y no se dio cuenta de nada.

Más tarde, en un café del Quai de Branly, mientras aún tenía grabada en sus ojos la belleza casi irreal de la muchacha, Lejeune puso sobre la mesa el bolso y examinó lo que había en él como un carterista que repasa el botín. Encontró algún dinero, unas llaves, unas tarjetas, un espejito, un impreso de multa por aparcamiento indebido… y una pequeña carta con la firma y el membrete del doctor Mercier.

Todo parecía natural.

La muchacha, al fin y al cabo, era paciente del famoso médico.

Pero había algo que no resultaba tan natural: el hecho de que él la citara en un sitio que no era habitual de su clínica. Y de que la citara un día y a una hora… en que la muchacha había salido despedida por la ventana… Tenía una sensación extraña.

La sensación de que la muerte le miraba desde todas partes.

Pero tomó una decisión y se puso en pie. Sus ojos estaban perdidos en la lejanía.

Iba a hacer una cosa un tanto extraña.

¿Sería capaz de pasar por un tipo que aseguraba máquinas de escribir? ¿Tendría tanta cara como para fingir eso…?

CAPÍTULO IX
SóLO EL SILENCIO

La enfermera jefe le miró con ojos de pez disecado. Su expresión era aburrida: aburrida de su trabajo, de los enfermos, de los hombres que no le hacían maldito caso… De todo.

—¿El seguro de las máquinas de escribir? —susurró—. No me acuerdo.

—Es el seguro de conservación —dijo Lejeune con la mayor tranquilidad—. Pasamos cada año a revisar la numeración de las máquinas por si hay modificaciones en la póliza. ¿No recuerda que el año pasado vine en febrero?

—No, no me acuerdo, pero es igual. Pase.

En el elegante consultorio del doctor Mercier había una pequeña oficina para el control administrativo. En ella existían dos máquinas de escribir y una calculadora. Lejeune, con la mayor calma, tomó sus números y los apuntó en una hoja de papel puesta en cada una de las máquinas, mientras la enfermera le vigilaba atentamente no fuera que se acercase a la caja fuerte.

Luego susurró:

—¿Hay alguna otra?

—No. ¿Por qué?

—¿El doctor Mercier no escribe recetas en su despacho?

—Las hace a mano. Si hay algo que pasar a máquina, lo graba en una cinta y nosotros lo copiamos.

—Muy bien, pues entonces eso es todo. Gracias. Ya pasarán si hay alguna modificación en la póliza.

Una vez en la calle, penetró en otro café y comparó atentamente las muestras de escritura que había obtenido mediante aquella treta, con la escritura que figuraba en la nota del doctor Mercier y que había hallado en el bolso de Natalie. No encajaban. La escritura era

tan distinta que no cabía duda de que aquella nota enviada a la muchacha había sido mecanografiada fuera de la oficina del famoso psiquiatra. Era, pues, un engaño para atraer a Natalie hacia un determinado sitio.

Sin embargo, el papel timbrado del doctor era auténtico.

Claro que no debía resultar difícil apoderarse de una o dos hojas. Cualquier persona que tuviera cierta entrada en el consultorio de Mercier podía haberlo hecho.

¿Pero quién?

De momento no podía averiguarlo.

Lo más urgente era ir a la dirección señalada en aquella nota. Un sitio donde, por una causa u otra, Natalie Balfour había estado a punto de morir.

Lo curioso era que aquella dirección estaba muy cerca de la clínica del doctor Mercier. Tan cerca que desde un sitio debía casi verse el otro. En realidad correspondían a la misma cuadra de casas.

Por eso Natalie debía haber creído que era una prolongación del consultorio.

Pero no debía ser cierto.

Sintiendo un extraño frío dentro del corazón, el joven fue hacia allí y se situó en el punto en que Cliff tuvo estacionado el coche. Miró hacia arriba. No había ninguna ventana con los cristales rotos.

Podían haberlos cambiado, claro.

Pero lo más fácil era que Natalie hubiese saltado desde una ventana abierta.

Por eso la policía, al no ver nada roto y al ser aquella una casa nueva, con inquilinos desconocidos, no sabía exactamente desde qué punto había saltado al vacío la muchacha.

Pero él sí que lo sabía.

La dirección estaba allí.

Atravesó el vestíbulo entre mucha gente que entraba y salía, sin que nadie se fijara en él. Fue al segundo piso. Empujó la puerta del despacho.

El hombre vestido con un mono blanco manchado de pintura estaba repasando las paredes con una gruesa capa de esmalte amarillo. Se volvió hacia él.

Tenía una indudable facha de pintor bastante burro. Hay pintores y pintores, pero éste no pasaría jamás de blanquear

paredes. Miró a Lejeune de una forma extraña, como si llevara años sin ver a una persona normal.

—Hola —dijo Lejeune.

—¿Quién es usted?

Lejeune ya se había dado cuenta, en una rapidísima ojeada, de la distribución de todo aquello. Le había llamado la atención el cuadro representando un puente. Había notado la falta casi absoluta de mobiliario. Había advertido también que no existían cortinillas en el gran ventanal frontero.

El pintor repitió:

—¿Quién es usted?

—Me han dicho que este local lo había alquilado el doctor Mercier.

—Yo no sé. Yo soy un pintor. No sé nada.

—Pues si no lo tiene alquilado el doctor Mercier puede que me interese —susurró Lejeune paseó su mirada por la habitación.

Era lo que se llama un «estudio». Lo mismo podía servir para el consultorio de un dentista que para traer allí a una amiguita de las que no constan en la agenda telefónica que uno tiene en casa. Por lo que pudo ver Lejeune, dos amplias paredes habían sido ya completamente repasadas. Parte del parqué del suelo había sido acuchillado, como si fueran a barnizarlo de nuevo. No había más que una puerta que seguramente daba al cuarto de baño.

Los ojos de halcón de Lejeune distinguieron algo más.

Otro hombre quizá no lo hubiera notado.

Pero, al otro lado del gran patio interior de manzana, casi enfrente, había unos elegantes ventanales con cortinillas blancas. Junto a ellas se movía la enfermera jefe que le había atendido poco antes.

Aquello se encontraba, pues, enfrente del consultorio del doctor Mercier.

Era una coincidencia más que extraña.

Lejeune siguió mirándolo todo con la mayor atención. Su gesto era el de quien no está muy seguro de si le conviene o no alquilar el despacho. Fue a abrir la puerta del cuarto de baño.

El pintor sonreía.

Musitó:

—Parece que quiere verlo todo…

Y se dirigió tranquilamente hacia un cubo que tenía junto a los botes de pintura. En él estaba sumergido algo cuyo mango aparecía envuelto en trapos. Debía de ser algún gran pincel metido en aguarrás. La verdad fue que Lejeune no se fijó en él ni poco ni mucho.

Hubiera hecho bien en fijarse.

Porque lo que el pintor sacó de aquel cubo fue… ¡fue una enorme bola de hierro cargada de pinchos! ¡Una bola que había estado limpiándose en aquel líquido…! El joven ni la vio.

Sólo oyó aquel brusco jadear detrás de su cabeza.

Su instinto de hombre acostumbrado a los peligros le hizo moverse a tiempo.

Ladeó la cabeza en la última fracción de segundo.

Una vacilación, un leve fallo en sus reflejos y ya no habría llegado a tiempo.

La enorme masa de hierro hundió materialmente la puerta del cuarto de baño.

Las púas destrozaron la madera y salieron por el otro lado. Si llegan a alcanzar la cabeza de Lejeune, esta desaparece. El estrépito debió oírse en los otros despachos como el de una mesa al caer a tierra.

Lejeune brincó.

Sin darse cuenta salió disparado hacia el hueco que de repente aparecía ante sus ojos. Entró en el cuarto de baño en tromba.

No supo lo que le ocurría.

Pero de pronto le rodeó el silencio.

El silencio de la muerte.

El silencio del Más Allá.

Abrió la boca con un espasmo mientras de su garganta escapaba un gemido.

CAPÍTULO X
LAS MANOS DEL MÁS ALLÁ

La moto se detuvo en el pequeño patio que comunicaba con la calle debido a que el solar contiguo aún estaba por edificar. El hombre que la conducía cortó contacto.

Cliff Soustelle iba vestido de cuero de la cabeza a los pies. Llevaba un casco que le hubiese parecido exagerado a un sargento de la División Acorazada.

La moto que montaba era una «Norton» de 750.

Ni que decir tiene que Cliff Soustelle, entre el intenso tráfico de París, había estado a punto de romperse las costillas una docena de veces.

El ya no tenía dinero para alquilar coches, y por lo tanto no le quedaba más remedio que alquilar motos.

Por otra parte, la chica que iba con él imaginaba, la muy bestia, que todo lo que había hecho Cliff por las calles de París era una fantástica muestra de su maestría. Cada vez que patinaba junto a las ruedas de un camión, ella lanzaba un gritito de placer; cada vez que se subía a la acera de los Campos Elíseos y efectuaba una gimkhana entre las mesas de los cafés, pensaba que lo hacía para deslumbrarla. Era la monda.

Pero el caso era que Marilyn, la norteamericana, creía en él.

La tenía en el bote.

¡Qué tía!

¡Qué mujerona!

Ella quedó montada en la máquina mientras él bajaba con penas y fatigas.

—¡Aaauuuggg!

Ella susurró:

—¿Pero qué pasarte, amor? ¿Por qué ruges así?

—Me vuelvo lobo.

—¿Tú querer comerme?

—No, chata —Cliff prefirió no asustarla—. Lo único que quiero es llevarte a un taller mecánico donde tengo las piezas de una moto que es una maravilla. Necesito que las veas. Es aquí mismo, en un sexto piso.

—Pero, amor… ¿cómo haber subido tú una moto de 750 hasta un sexto piso?

—Es que tengo mucha fuerza… Auuuggg… Brrrggg… Estoy hecho un toro. Ven enseguida. Te la enseñaré.

—Tú lo que querer es enseñarme maternidad francesa.

—¡Mujer…!

—Yo no ser tonta. Americanas saber mucho.

—Sí, ya se nota…

—Pero no asustarme. Mi querer aprender técnicas nuevas.

—En fin, eso de técnicas nuevas no sé… Yo siempre he sido un chico de buena familia… Se hará lo que se pueda…

—¿Nosotros hacer el amor encima de moto?

—¿Queeeeé…?

—Es que si no, no gustar. Mi querer novedades.

—Haremos el amor encima de la moto si te parece… O hasta encima de un columpio… Lo importante es trabajar por la fraternidad franco-americana. ¡Vamos! ¡Vamos, aprisa! ¡Estás en el bote…!

—Mi pensar cosa extraña, campeón.

—¿Qué piensas tú? ¿Que la moto se caerá si nos descuidamos?

—No. Mi leer periódicos. Mi saber que ayer caer aquí mismo una chica desde ventana.

—¿Y… y qué…?

—Ser raro que tú haberme traído a este sitio. París ser muy grande y en cambio tú venir aquí. Mi tener miedo de que caernos piano encima.

—Es que ya estoy escamado, nena.

—¿Escamado?

—Sí: es-ca-ma-do. He pensado toda la noche y estoy decidido a que nada más se me caiga encima nunca. ¿Y sabes cuál es el sitio más seguro de París?

—¿Cuál?

—Éste.

—Si tú decirlo…

—No, no lo digo yo. Lo dicen las estadísticas de las compañías de seguros, que son lo más serio que existe. Las he consultado esta mañana antes de tomar una decisión. ¿Sabes tú cuál es la probabilidad matemática de que una persona se caiga por la ventana de una cierta casa?

—Mi sólo saber la probabilidad matemática de que yo pueda quedar encinta.

—Pues es de una partida por muchos miles.

—¿Tú haberme tomado por vieja estéril?

—No, burra. Estoy hablando de las posibilidades de que una persona se caiga por la ventana de una casa. Una partida por muchos miles, o sea el gordo de la lotería. ¿Pero sabes cuál es la probabilidad matemática de que dos personas se caigan por la ventana de una misma casa dos días seguidos? ¡Una partida por centenares de millones! ¡Imposible que pase! ¡Por esto estoy aquí! ¡Por eso es este el único sitio de París donde sé que no se me va a caer nada encima…!

Y se lanzó hacia la chica.

—Pero campeón…

—Mua… Mua… Mua…

—Tú quitarte al menos el casco, hombre… Haberme metido la visera en un ojo.

—Tienes razón, chata… Mmmm… Mano por aquí… Mano por allá… Mano más acá…

—Cuidado, campeón… Tú estar destornillando el tapón del depósito de la gasolina… No ponerte nervioso, hombre… Tú haber pellizcado el carburador en lugar de mi pierna…

Cliff Soustelle nunca había encontrado tanta colaboración.

La chica se le ponía pero que muy bien. Hasta le daba consejos.

Y a pesar de que cada año Cliff Soustelle votaba por el partido socialista, gritó:

—¡Viva el señor Nixon! ¡Viva los «
B-52
»! ¡Viva América…!

* * *

Los ojos de Lejeune se habían desencajado.

Su mirada aterrorizada paseó por encima de aquel cuadro dantesco.

¡Aquel cuerpo que se estaba descomponiendo en la bañera llena de sosa cáustica, para hacerlo desaparecer…!

¡La muerte!

Se apartó frenéticamente en el instante en que el «pintor» le atacaba de nuevo. La mortífera maza se hundió en la pared, junto a su cabeza. Saltaron en mil pedazos los azulejos. Se oyó una especie de rugido.

Lejeune alzó las manos.

Había algo salvaje en la expresión de sus ojos, en el dibujo de su boca…

Sabía que se jugaba la piel. La fuerza hercúlea que ya poseía pareció centuplicarse. Los dedos de acero aferraron la muñeca de su enemigo.

Oyó un chasquido de huesos.

Su enemigo estaba basculando encima de él. Saltaba sobre su espalda. ¡Lejeune lo enviaba como un fardo al otro lado de la habitación!

Se oyó un estrépito de cristales.

Y un alarido.

Los ojos de Lejeune miraron desencajados hacia la ventana rota.

Su enemigo había saltado hacia el vacío por allí, destrozando todo lo que tenía delante.

Abajo Cliff Soustelle se estaba entusiasmando cada vez más.

—Mua… Mua… Mua…

—Mi creer que caer cosa, campeón.

—No digas tonterías. Las leyes matemáticas no fallan jamás. Aquí no puede caer nada. Mua… Mua… y… y… y… Mmmm…

¡Blaaaam!

Cliff gimió:

—¿Pero dónde diablos está la moto? ¡Dios mío! ¡Estoy perdido! ¡Jamás reuniré bastante dinero para alquilar un acorazado…!

CAPÍTULO XI
EL CAMINO QUE LLEVABA AL INFIERNO

Lejeune salió tranquilamente del despacho, como si nada hubiera ocurrido. Sabía que en el interior del enorme edificio no se habría notado apenas ninguna anormalidad. Tomó uno de los ascensores y se dirigió a la calle.

Vio que algunas personas corrían.

Doblaban la esquina.

El las siguió como si lo hiciera por simple curiosidad. Llegó hasta el pequeño patio a través del solar no edificado.

Y vio la sangrienta escena.

La moto medio destrozada.

El hombre del mono blanco convertido en un pingajo sangriento.

Cliff Soustelle que casi se subía por las paredes mientras gemía:

—¡El bote! ¡El bote! ¡La tenía en el bote!

Y un gendarme que trataba de imponer orden, pero que en realidad miraba las piernas fabulosas de aquella chica «modelo Buffalo Bill» que estaba junto a los restos de la «Norton». Menos mal que a ella no se le había roto nada…

Lejeune se acercó con la mayor tranquilidad.

—Soy Lejeune, del París Match —dijo, mostrando su credencial —. ¿Puedo ver esto más de cerca, agente? —Está bien. Acérquese pero no toque nada. Eh, ustedes… ¡No se muevan!

Trataba de impedir que la gente se acercara demasiado, y por lo tanto no se fijó ya más en Lejeune. Éste se inclinó sobre el cadáver y deslizó entre sus dedos los únicos papeles que sobresalían un poco por un bolsillo de su mono de trabajo.

Los guardó.

—Gracias, agente.

—¿Ya se va?

—Sí. Lástima que no lleve mi máquina para tomar fotos… Pero, en fin, esos suicidios tampoco interesan demasiado al gran público.

Y se alejó de allí.

Cliff Soustelle ni siquiera le había visto, tan desesperado estaba.

Mejor para Lejeune.

De lo contrario su amigo hubiera sido capaz de atacarlo con un amortiguador, que era lo único que había quedado entero de la moto…

* * *

Siguiendo su costumbre, el joven se metió en un café y puso sobre el velador los documentos que había birlado al cadáver. La policía iba a tener trabajo para identificarlo, pero ése no era asunto suyo. Bastantes quebraderos de cabeza tendrían en prefectura cuando descubrieran el pastel de sangre —porque ahora lo descubrirían— que les esperaba en el segundo piso.

En aquel diabólico rompecabezas había ya algunas cosas que encajaban, aunque eso aún no significara gran cosa. Por ejemplo, los documentos del hombre al que acababa de matar eran sólo dos:

Un pase de libre circulación del Metro expedido por la Beneficencia Pública. Un permiso para que pudiera entrar y salir de día del manicomio de Issy.

El manicomio de Issy…

Al menos todas las flechas señalaban hacia el mismo sitio. Las flechas señalaban a aquella especie de infierno. Y las evidencias indicaban que la bonita muchacha de la clínica Roch no era ninguna visionaria, no era ninguna loca.

¿Pero qué había visto realmente?

Lejeune estaba dispuesto a averiguarlo.

Estaba dispuesto a llegar hasta el fin aunque tuviera que hacerse el loco…

CAPÍTULO XII
LA PRIMERA EXPLICACIÓN

Una carta firmada por el director de París Match abre muchas puertas, aunque no todas. Hay gente que tiene miedo a la Prensa. Pero el doctor Mercier no lo tenía, quizá porque estaba habituado a que le entrevistaran en todos los países del mundo. Cuando le telefonearon desde la redacción de la prestigiosa revista preguntándole si podría recibir a un redactor y a un fotógrafo para preparar una entrevista, dijo que sí, pero pidió que los dos hombres llegaran con una nota del director.

Sólo Lejeune supo lo que le costó arrancarle a su jefe aquella nota.

París Match es un sitio donde se improvisa muy poco. Todo debe estar justificado cuidadosamente.

Pero una visita al consultorio del mejor psiquiatra de Francia siempre tiene interés para los lectores, sobre todo si hay permiso para fotografiar sus instalaciones.

Y al final el director se dejó convencer sin que la repentina prisa de Lejeune se le hiciera sospechosa.

Hacia las cuatro de la tarde, Lejeune se presentó allí con un fotógrafo.

Aún no se trataba de hacer nada importante.

Sólo comprobar la luz y lo que valdría la pena de fotografiar más adelante. Sólo de captar el ambiente. Pero Lejeune se cambió de traje y se puso gafas negras para que no le reconociera la enfermera jefe.

Menos mal que no se tropezó con ella, pues la verdad era que su disfraz resultaba bastante detestable.

Como caracterizador, Lejeune se hubiese muerto de hambre.

Un ayudante les mostró las principales instalaciones, en especial

las más espectaculares, las que admitían buenos planos fotográficos. Tardó casi una hora en llevarles a la sala donde Natalie Balfour había tenido su terrorífica visión.

Claro que el joven no sabía que Natalie había estado allí.

Nada le llamó la atención de una manera especial.

Ni siquiera la pantalla que parecía la de un televisor sujeta a un brazo metálico.

—¿Qué es eso? —preguntó por preguntar.

—En realidad es una especie de pantalla de cine, con la particularidad de que las imágenes aumentan de tamaño dentro, por un efecto óptico. También podemos crear efectos especiales, gracias a que el cristal que usted ve es en realidad una enorme lupa. Se usa para exploraciones psicosomáticas.

—Ah, ya…

Y Lejeune fue a mirar a otro sitio.

Pero de pronto distinguió una mano que se movía en el cristal.

Una mano enorme, una mano que estaba allí mismo.

¡Y sin embargo, más allá del cristal no había nadie…! Achicó los ojos.

Volvió a mirar.

La mano vino acompañada esta vez de una bocamanga oscura con unas insignias. Era la manga del uniforme de un gendarme. Lejeune se estremeció.

Supo entonces perfectamente lo que estaba viendo.

A través de aquel cristal, según en qué posición se encontraba uno, podía distinguirse como si uno estuviera a dos pasos lo que ocurría al otro lado del patio interior de manzana.

Lo que ocurría… ¡en el sitio donde había estado él antes!

¡En el despacho vacío donde estaba la mujer con la cabeza destrozada! ¡La que la policía acababa de descubrir ahora!

Los nervios de Lejeune vibraban.

Ahora tenía al menos la primera explicación.

Natalie Balfour había visto aquello, seguramente mientras estaba sola, durante un test rutinario. Había visto el crimen. Había visto la maza golpear. Había visto la sangre…

¡Y todo como si ocurriera en la misma ventana, gracias al enorme cristal de aumento!

Pero Natalie no debía saber en qué sitio exacto caía aquel

despacho. Por alguna razón —Lejeune sospechó la verdad: que ella había perdido el conocimiento— no dijo nada a nadie. Pero luego trataron de atraerla hacia aquel despacho para matarla a ella también.

¿Quién?

No, por supuesto, el doctor Mercier.

El doctor Mercier nada tenía que ver, aunque hubieran usado su nombre.

Quizá tampoco ninguno de sus ayudantes.

Pero sin duda había sido alguien que pudo mirar con unos anteojos desde la ventana en que se cometió el crimen, para vigilar si había alguna señal de alarma en los inmuebles fronteros. Y había visto a Natalie. Y se había dado cuenta de lo que significaba aquella especie de pantalla.

Por lo tanto era alguien que entendía de psiquiatría. Alguien que conocía sus métodos modernos. Alguien que podía entrar en el consultorio de Mercier con la suficiente confianza como para robarle unas hojas de papel impreso.

¿Alguien que estaba en el manicomio de Issy?

Era más que posible.

Todas las flechas estaban señalando hacia el mismo sitio.

Lejeune hizo crujir sus nudillos.

Por fin empezaba a ver algo claro.

Un estremecimiento le recorrió. Sabía que había entrado en las sendas del infierno y ya no podía apartarse de ellas. Para mayor complicación, la policía acababa de descubrir el crimen cometido en el despacho vacío y estaba ya investigando en él. Eso significaba que Lejeune no podría volver a acercarse por allí.

El ayudante que le mostraba todo aquello susurró:

—¿Qué le pasa?

Lejeune pareció despertar de un sueño.

—¿Pasarme? —Musitó—, ¿por qué?

—Oh, por nada… Parecía usted tan distraído… E incluso diría que un poco asustado. ¿Es que le pone nervioso todo esto?

—Sí —dijo Lejeune—, confieso que todo lo relacionado con los locos me desconcierta. Salgamos de aquí.

Y esta vez no mentía. La tensión de sus nervios era tan insoportable que hasta le dolía horriblemente la nuca.

Pero él no sabía que se encontraba aún sólo al principio de los caminos del infierno.

No sabía que lo peor, lo más negro, aún estaba por llegar.

CAPÍTULO XIII
VIAJE AL ABISMO

A finales de aquella misma tarde, Lejeune examinó las posibilidades que tenía de colarse en el manicomio de Issy. Tomó su vehículo, lo estacionó a cierta distancia y se acercó a pie al establecimiento sanitario, cuya manutención dependía en parte del Estado y en parte de una serie de instituciones privadas. Sabía ya, además, que su director era el profesor Gary Blanchot y que el número de alojados pasaba de trescientos. Pero no estaban estrechos ni mal atendidos, puesto que el viejo caserón, construido en la época de
Luis XV
como un antiguo cuartel, facilitaba espacio a todos. Por lo que se deducía desde fuera, el enorme inmueble debía estar aún lleno de pasillos que no se usaban, de grandes salas medio vacías y de sótanos interminables donde las sombras debían dormir una especie de sueño de siglos.

Lejeune era, por obligación profesional, un experto en conocer los puntos flacos de los edificios. Sus compañeros fotógrafos le habían enseñado mucho sobre eso. Los profesionales que conocen mejor los sistemas para colarse en los lugares son los ladrones y los fotógrafos de Prensa. Un día irnos se colaron en el propio domicilio del presidente de la República, monsieur Pompidou, cuando éste iniciaba su mandato, y obtuvieron algunas placas rigurosamente exclusivas. Cuando el presidente francés los descubrió, tomó la cosa a bien y los invitó a cenar. Por fortuna, monsieur Pompidou suele ser hombre de buen carácter.

Pues bien, los fotógrafos de París Match, que están reclutados entre los más hábiles —pues hay también muchísimos fotógrafos de Prensa que sólo van a los sitios con invitación y sólo saben

fotografiar grupos solemnes de personajes muy bien preparados y bien puestos—, le habían enseñado a Lejeune la manera de colarse en un edificio sin que nadie lo note. Lejeune dedujo que el mejor sitio era la puerta de mercancías, que se cerraba raramente y en la que trajinaban cocineros y transportistas. Una vez dentro, ya vería lo que haría.

De modo que se aproximó hacia allí.

Extrajo todos los papeles que llevaba en sus bolsillos y simuló consultarlos. Tenía todo el aspecto de un hombre preocupado que va a cobrar una factura. Pero antes de llegar al gran portalón, captó el sonido de unos pasos apresurados a su espalda.

Un especial instinto advirtió a Lejeune que aquellos pasos venían a por él.

Y además no eran unos pasos cualesquiera.

Era un taconeo femenino.

Lejeune se volvió.

Entrecerró los ojos queriendo ocultar su admiración.

No podía creerlo, pero allí estaba.

La muy condenada.

La muy fresca.

La muy tía buena.

Natalie Balfour no llevaba la bata blanca de la clínica ni el vestido roto con el que había volado desde un segundo piso. Llevaba un dos piezas gris que realzaba aún más sus caderas, su pecho agresivo, sus piernas curvilíneas. Natalie Balfour se acercaba también al manicomio, cosa peligrosísima, porque al verla se volverían locos los pocos que aún no lo estaban,

Pero lo cierto fue que le miraba a él.

Venía en la misma dirección.

Y se detuvo a su altura.

Sus ojos un poco insolentes y un poco asustados a un tiempo, miraron al joven. Se clavaron en sus anchos hombros y en su mentón enérgico, en sus ojos grises y en sus puños cuadrados de hombre que podría vivir de muchas cosas que no fueran la pluma.

Natalie susurró despectivamente:

—De modo que usted es el «ayudante»…

—¿Y por qué no he de serlo?

—¿Cree que soy idiota? Como ladrón es usted bastante malo,

amigo mío. Nunca había visto ayudantes auténticos que roben el bolso a las chicas que están en las clínicas.

Lejeune tragó saliva.

¡Y él que creía que había metido los deditos tan bien…!

—Desde luego, tiene usted buenos ojos —musitó—. Creí que en la clínica Roch, cuando yo entré con el director, no se había dado cuenta de nada. ¿Y cómo lo disimuló tan perfectamente? ¿Por qué lo hizo?

—Soy —yo quien pregunta. Ante todo dígame quién es usted.

«La chica tiene carácter —pensó él—. Y tiene curvas. Y tiene…».

—Soy Lejeune, del París Match —dijo suavemente—, pero le juro por mis antepasados que esta vez no persigo ningún reportaje.

—¿Pues qué persigue?

—Aclarar este misterio. Por una serie de circunstancias estoy metido en él hasta las orejas, igual que usted.

—Pues si los dos estamos metidos hasta las orejas, hablemos francamente. Comprendo que quizá estoy cometiendo una auténtica locura —dijo ella—, porque podría ser un cómplice del que ha tratado de asesinarme. Pero necesito apoyarme en algo y ese algo quizá sea usted. Voy a decirle por qué he disimulado.

—¿Por qué?

—Porque estaba segura de que me soltarían pronto. Me encontraba bien. En la clínica Roch no había motivo para que me retuviesen.

—¿Y qué?

—Yo sabía que el único documento algo importante de todos los que usted se había llevado era el que me citaba en cierto consultorio del doctor Mercier.

—Pues… pues sí.

—Sabía que, por tanto, existía un elevado índice de probabilidades de que usted se dirigiera allí.

—Pues… pues sí. Oiga, ¿sabe que usted, además de tener bonitas piernas, también piensa?

—Pienso porque no tengo más remedio. Porque estoy más asustada que un pobre corderillo en el matadero. Pienso para no volverme loca. En cuanto a las bonitas piernas… ¡haga usted el favor de mirar hacia otro lado!

—Bueno, bueno…

—En fin, me dirigí al sitio donde habían estado a punto de matarme una vez me soltaron en, la clínica. Naturalmente, llegué más tarde que usted. Estaba cruzando la calle y viendo a dos motoristas que se besaban justo en el sitio donde yo caí, cuando por una de las ventanas voló un bulto humano.

Lejeune tragó saliva.

—Milagrosamente, ese bulto humano no era yo —dijo.

—Sí, tal vez sí… Tal vez fue milagroso. Pero también me di cuenta de que le birlaba los documentos al muerto. —Demonios, qué vista…

—Una mujer que tiene buenas curvas necesita tener buena vista —dijo agresivamente ella—. Hay cada tío…

Parecía animarse al hablar con alguien, al tener otro ser humano al cual confiar sus inquietudes y hasta su terror. Lejeune también se animaba. Hasta entonces había sido un hombre solitario, pero ahora se estaba dando cuenta de que el contacto humano puede hacer milagros cuando uno se encuentra al borde del abismo.

La muchacha continuó:

—He deducido entonces dos cosas, aunque puedo equivocarme. La primera, que usted seguía los mismos rastros que yo. La segunda, que usted no era el asesino. Y, por consiguiente, me he dedicado a ir pegada a sus espaldas.

—Pues no lo he notado…

—Claro. No es normal que una chica siga a un hombre. Por otra parte, he de confesar que pocas veces he visto a un tipo tan hundido en sus pensamientos.

—Entonces habrá visto que iba a la redacción de París Match, que me dirigía luego al consultorio del doctor Mercier…

—Sí. Y por eso he deducido también que usted no era peligroso. Pero antes de que entrara en el manicomio de Issy he preferido abordarle. Creo que los dos tenemos los mismos intereses y es natural que actuemos juntos. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca, aunque lo cierto es que yo prefiero actuar solo.

—Al menos explíqueme por qué está aquí.

Lejeune comprendió que era mejor decir la verdad. No sólo porque la chica le inspiraba simpatía y deseaba ayudarla, no sólo porque era bonita y le gustaba, sino también porque era cierto que

estaban metidos los dos en la misma barca, navegando por una especie de río del Más Allá. Y así, quietos los dos en aquel ángulo donde eran poco visibles, le contó todo lo sucedido desde que tuvo la primera referencia de aquel incomprensible caso: desde que un cuerpo humano se desplomó sobre la carrocería del elegante «Mercedes» alquilado por Cliff Soustelle.

Ella le escuchaba en absoluto silencio.

Al fin musitó:

—Le creo de verdad. Creo todo lo que usted me ha dicho.

—Puede hacerlo, porque es absolutamente cierto. Pero ahora vamos a concretar: le insisto en que soy un hombre solitario.

—¿Trata de entrar en ese edificio sin ayuda de nadie?

—Siempre he actuado así. Además no creo que usted me sirva precisamente de ayuda, sino todo lo contrario. Y conste que no quiero ofenderla.

Ella apretó los labios.

—¿De veras piensa que no sabré ayudarle?

—Es mi idea más fija en este momento.

—Pues yo también tengo otra idea fija —dijo agresivamente la muchacha—: no podrá entrar. Tiene usted tanta pinta de proveedor de comestibles como yo de cardenal arzobispo.

—¿Qué sugieres entonces? Porque debemos empezar a tutearnos ya, ¿no te parece?

—Déjame hacer a mí.

—¿Hacer qué?

—Tú acércate a la puerta y sigue con tu plan. No te preocupes de más. Sólo trato de ayudarte.

Lejeune se encogió de hombros.

Adivinaba un desastre.

Pero no podía perder más tiempo, porque se exponía a que cerraran la puerta de los proveedores. De modo que siguió avanzando y mirando sus papeles como si fuese a presentar alguna factura. Pero adivinó que no podría pasar desapercibido. Había demasiada gente en la puerta.

Y entonces oyó aquel gritito.

Volvió la cabeza.

La chica, que venía tras él, acababa de fingir un resbalón y se acababa de pegar una gran costalada en el pequeño patio que había

ante la puerta. Los ojos de Lejeune se desorbitaron tanto como los de todos los hombres que presenciaban la escena.

Piernas, piernas, piernas…

Aquella preciosa chica parecía tener más piernas que manos tenía Cliff Soustelle, lo que ya es decir.

Pero Lejeune no podía perder tiempo mirando aquello. Si ella estaba haciendo aquel numerito era para distraer la atención de todos los que se encontraban en la entrada. De modo que pasó silenciosamente, bordeó una gran despensa y se coló en un pasillo de cristales esmerilados más allá del cual estaban las sombras sin límite.

Lejeune acababa de entrar en un mundo irreal y lejano donde todo era posible.

Pero también iba a entrar allí Natalie Balfour. Y lo peor para Natalie Balfour era que ella aún no lo sabía.

* * *

En efecto, la muchacha había calculado que, una vez entrase Lejeune, ella podría decir que ya se encontraba mejor y largarse. Pero sus cálculos fallaron en eso. En parte por el deseo de ayudarla y en parte porque se sentían muy a gusto dándole masaje, la metieron en volandas en el edificio.

Había allí, lógicamente, una sala de curas, además de otras instalaciones sanitarias. Pero la sala de curas estaba cerca. Natalie se encontró en ella mucho antes de lo que imaginaba, tras atravesar unas cuantas puertas ruinosas y que crujían a su paso. La depositaron en una especie de mesa de exploraciones.

Una enfermera con gafas de dos dedos de grueso la miró fijamente.

—¡Tápese! ¿Dónde se cree que está? ¿En un cabaret de la plaza Blanche?

—Perdone. Pero déjeme salir… Ya me encuentro bien…

—Sólo miraré si tiene algo roto. Y vosotros… ¡fuera!

La enfermera miope trajinó buscando unos cachivaches. Hurgaba en un armario que estaba lleno de pinzas muy poco tranquilizadoras. La muchacha se bajó la falda, contuvo la

respiración y se deslizó en silencio fuera de la mesa.

La otra seguía vuelta de espaldas.

Necesitaba huir cuanto antes de allí.

Se deslizó hacia una de las puertas, creyendo que era la que llevaba a la salida. Pero se equivocó. Vio de pronto un pasillo interminable, lleno de sombras, al fondo del cual brillaba una lucecita amarilla.

Ya no podía volver atrás.

Natalie Balfour siguió avanzando.

Con los brazos tendidos hacia adelante, igual que una sonámbula, anduvo unas yardas mientras su cerebro se llenaba de zumbidos. No comprendió hasta más tarde lo que aquello significaba: estaba rodeada de silencio. Habían cesado los gritos de la enfermera, los rumores de pasos, los ruidos del exterior. Aquellas gruesas paredes lo ahogaban todo. La lucecita amarilla era como el principio de un universo hostil donde todas las cosas cambiaban de signo.

¿Dónde estaría Lejeune?

¿Podría encontrarlo?

¿Dónde hallar la salida?

¿En qué clase de mundo hermético, misterioso e irreal acababa de poner los pies? Vio una puerta que oscilaba.

La empujó.

En aquel momento la muchacha, con tal de encontrar una escapatoria, se habría metido en el mismísimo infierno.

Y distinguió entonces la habitación cuadrada.

Y aquel hombre tendido en el suelo.

Aquel hombre que parecía muerto…

CAPÍTULO XIV
HERMOSA MUÑECA MUERTA

Natalie Balfour había pasado por muchos horrores desde aquella tarde luminosa en que entró en el consultorio del doctor Mercier y empezaron a ocurrir cosas inexplicables. Y todos los horrores los había soportado bien, pero ahora ya no podía más. Ahora tenía los nervios destrozados. Cuando vio al hombre tendido a sus pies, con la cabeza manando sangre, se apoyó en la puerta que acababa de cerrar y empezó a gemir histéricamente.

No supo si la oían desde fuera o no.

Y de pronto aquellos gemidos histéricos se transformaron en una especie de estertor agónico que al mismo tiempo era un grito de alerta.

Alguien le había sujetado el tobillo.

El muerto la estaba tocando…

La muchacha bajó la mirada hasta el suelo y se dio cuenta de que su primera impresión la había llevado a un error. El hombre que yacía allí no estaba muerto, aunque la herida causada por un golpe en la cabeza debía haberle dejado sin conocimiento. Ahora lo estaba recuperando y la miraba con una expresión que tenía algo de suplicante, como si de pronto se diera cuenta de que no era él sólo quien estaba en peligro, sino además también la muchacha.

Era un hombre de media edad, bien vestido, cuyo retrato recordaba haber visto en algún sitio. Su memoria le concretó entonces mejor los detalles de aquella cara. Se trataba del director de Issy, del propio doctor Gary Blanchot.

El susurró:

—Por favor…

—Doctor Blanchot, ¿qué ha ocurrido?

—¿Me conoce?

—Imaginaba que era usted. Diga, ¿qué ha ocurrido…?

—Está en peligro…

—¿Yo?

—Sí, usted. No sé cómo se llama ni cómo ha llegado aquí, pero está en peligro. ¿No sabe que se ha metido en la sección de los locos agresivos?

—No… No sabía nada. Y yo pensaba que los locos agresivos estaban entre rejas…

—Ahora ya no. Ahora hay que cuidarlos más humanamente que antes, y por eso se encuentran en relativa libertad. Pero la única puerta de salida que tienen es la sala de curas, y aquello está siempre vigilado.

—Ya lo he visto…

—Y ahora dígame: ¿qué hace aquí?

—Me he asustado cuando estaba precisamente en la sala de curas. He sufrido una caída en la calle y me han metido aquí.

El doctor Blanchot no indagó demasiado sobre aquello. Parecía tener otras preocupaciones más urgentes, como por ejemplo mirar su herida. Se apretó una toalla sobre ella y contuvo la pequeña hemorragia. Natalie susurró:

—Le han dado un buen golpe…

—Puede decirse que he tenido suerte al ocurrirme sólo esto. Han querido matarme.

—¿Quién?

—Un loco peligroso que ha logrado salirse de control… Por eso le he dicho que corre usted peligro.

—¿Qué… qué debo hacer?

—Lo peor —dijo pensativamente Blanchot sin contestar a su pregunta— es que no sé dónde está ese maldito ahora.

—Razón de más para que me diga qué… qué debo hacer.

—Usted ha venido por un pasillo, ¿no?

—Exacto.

—Pues regrese por él. Es la única salida segura que tiene.

—¿Y usted qué va a hacer? ¿No necesita ayuda, doctor Blanchot?

—Lo que tengo que hacer es muy sencillo: Avisar a los servicios interiores de alerta. ¿Sabe cuál es la principal manía de esos locos? ¿Sabe que lo primero que hacen es liquidar a alguno de sus

compañeros?

Y avanzó hacia uno de los teléfonos que había en la sala.

Ya no pareció preocuparse más de ella. Tenía otras cosas en que pensar.

Natalie Balfour tragó aire. Le costaba respirar normalmente.

Pero al menos estaba viva y conocía el camino para salir de allí. Dejó atrás la habitación y siguió el rumbo que le marcaba la lucecita amarilla.

Otra vez el pasillo interminable.

Otra vez el silencio…

¿Qué hacía, pues, allí, aquella puerta cerrada?

¿Por qué el pasillo terminaba de pronto, mientras que antes continuaba hasta la sala de curas?

Otra vez la muchacha tuvo la horrible sensación de haber entrado en un mundo donde no existía lógica, donde todo era posible e irreal al mismo tiempo. Porque él pasillo quedaba cortado.

Pero ahora la puerta estaba cerrada. El pasillo terminaba allí. Natalie se encontraba metida en una especie de ratonera.

Y entonces vio aparecer a aquella fantasmal figura.

Era la misma que… ¡la misma que había visto aparecer en el falso consultorio del doctor Mercier!

¡La figura del siniestro hábito negro!

¡La de los ojos llameantes debajo de la capucha!

¡La que usó la bola de hierro y ahora usaba un cuchillo de desollar!

¡Aquella maldita figura del Más Allá que ahora avanzaba hacia ella…!

Natalie Balfour sintió que ahora las piernas no podían sostenerla más. Sus fuerzas, sus nervios, habían llegado al límite. De su garganta escapó un débil estertor mientras caía de rodillas.

El cuchillo vino hacia su garganta poco a poco.

Su esbelta, su suave garganta de muñeca.

De pobre muñeca muerta…

CAPÍTULO XV
UNOS GRANDES, UNOS REDONDOS OJOS

Fue en aquellos momentos aterradores cuando la muchacha tuvo la sensación de que pasaban por delante de sus ojos las escenas de lo que había sido su corta vida. Porque estaba tan segura de que ya no tenía salvación, tan segura de que iba a morir que ni siquiera se molestó en chillar. Por otra parte, apenas tenía fuerzas ya para eso. De sus labios escapó apenas una débil plegaria.

Por fin el monstruo del que logró escapar una vez la había atrapado. Por fin ella había llegado al manicomio de Issy, donde estaba la clave del asunto… ¡para morir!

Sus ojos desencajados miraron el cuchillo.

La muerte que venía hacia ella.

Percibió casi el sabor de su propia sangre…

Y de pronto la silueta negra qué estaba ante sus ojos se tambaleó. De pronto el cuchillo que ya casi rozaba la garganta de Natalie saltó hacia atrás bruscamente.

Natalie Balfour ahogó un chillido.

La escena que tenía lugar ante sus ojos le pareció irreal. Tuvo la sensación de que Lejeune había surgido desde las sombras. Sus dos puños duros como el hierro cayeron brutalmente sobre la capucha, en la parte correspondiente a la nuca.

Los dos impactos fueron para dejar K.O. a una roca.

Por eso el misterioso encapuchado se tambaleó.

¡Pero no llegó a caer!

¡Aún se mantuvo en pie mientras el cuchillo trazaba delante suyo un zigzag alucinante!

Lejeune esquivó gracias a su agilidad. Si llega a vacilar un momento, la hoja de acero le desgarra de arriba abajo. Chocó de

espaldas contra la pared y levantó la pierna derecha.

El planchado que conectó en el vientre de su enemigo fue tal que en un campo de fútbol lo habría lanzado más allá del córner.

¡Pero el encapuchado tampoco cayó!

¡Se retorció de dolor solamente!

Sin embargo, la situación ya había cambiado, porque Lejeune era el que llevaba la iniciativa en aquel momento. Su enemigo había tenido que soltar el cuchillo. Un gancho del joven fue hacia la capucha con la velocidad del rayo.

No logró tampoco derribar al fantasma, pero sí que logró en cambio algo tal vez más espectacular: descubrirle la cara. A consecuencia del impacto, la capucha resbaló hacia atrás y mostró el rostro del fantasma. Era un rostro duro, de ángulos muy marcados, de facciones brutales y al mismo tiempo temerosas, de ojos pequeños y angulados… El verdadero rostro de un maníaco, de un hombre de ideas fijas, de un loco homicida. Una cicatriz en la frente —residuo de alguna antigua pelea— acababa por identificarlo de una forma total.

Por si eso fuera poco, la capucha había dejado al descubierto, al caer, la parte superior de aquella especie de hábito negro que llevaba. Como esa parte superior era bastante desbocada, mostraba el uniforme que aquel tipo llevaba debajo. Era un uniforme basto y gris, como todos los que llevaban los locos recluidos en el manicomio de Issy.

Mientras Lejeune miraba al hombre, mientras se daba cuenta de todos aquellos detalles, perdió unos segundos que pudieron haber sido preciosos. Caso de tener su cuchillo, el fantasma pudo haberle atacado otra vez. Pero no lo tenía, y eso permitió a Lejeune intentar atacar de nuevo.

Esta vez no llegó a tiempo.

El fantasma había reaccionado.

Dominado por el pánico al encontrar a alguien más fuerte que él, aquel extraño monstruo sólo pensaba en huir. Saltó de costado y abrió la puerta, abandonando la capucha pero llevándose puesto el hábito negro. Durante algunos segundos, Lejeune le perdió de vista.

Pero no estaba dispuesto a que se le escapara. Ahora Lejeune había pisado el buen camino y nadie podría ya apartarle de él. Hizo un gesto de decisión mientras corría detrás del fugitivo.

La muchacha corrió también.

Como todos los seres humanos, tenía miedo a la muerte. Pero había algo que le daba mucho más miedo aún: ¡quedarse sola!

De modo que saltó con la agilidad de una liebre, corrió locamente detrás de Lejeune sin pensar en nada más, sin darse cuenta de en qué clase de sitio se metían.

Más tarde aquello le llegaría a parecer un maldito sueño.

Un sueño de su propio cansancio, de sus propios pulmones que parecían a punto de estallar.

Cuando se detuvo, ya no podía más. Su propio aliento le quemaba en la boca. Tuvo que apoyarse en Lejeune que miraba desorientado la inmensa sala en que se encontraban ahora.

—¿Pero dónde infiernos se habrá metido?

Los dos pasearon la mirada en torno suyo.

Durante la persecución habían recorrido gran parte de la planta baja del edificio, alejándose de la salida Ahora estaban en una gran sala de actos, pero una sala tronada y sucia que conservaba los muebles que debió tener en la época de su conclusión, cuando sobre Francia imperaba
Luis XV
. Todo yacía amontonado, confuso lleno de polvo. Se oía el roce furtivo de las ratas. Una especie de tribuna estaba enfrente de la tarima con la presidencia. Sobre ella descansaba una bandera tricolor completamente deshilachada por el paso de los años.

Había allí algo de fantástico decorado teatral, algo de escenario que uno ve solamente en sueños.

Lejeune musitó:

—Tiene que ser la antigua sala de actos…

Y tan antigua. ¿Quién diablos iba a celebrar actos ahora, en aquella casa de locos?

—Tiene que haberse metido por aquí —susurró Lejeune—. Hace un minuto le veía… Pero me parece que ahora no sabemos dónde estamos, muchacha. Los acorralados somos nosotros…

—No te preocupes. Esto es demasiado grande… Si nos ataca le veremos venir.

—Cierto… Mientras no apague esas luces amarillas.

—Lamentaría morir ahora que lo hemos descubierto todo, Lejeune.

—¿Todo?

—Tú no lo sabes exactamente, pero el que me atacó en el falso consultorio del doctor Mercier era ese hombre.

—Entonces… entonces hemos dado con la clave…

—Exacto. El que ha cometido todos esos horribles actos es un loco.

—Por fuerza tenía que ser así —dijo pensativamente Lejeune—. Lo había pensado desde el primer momento, cuando las pistas llevaron al manicomio de Issy. Pero ese loco debe haber podido salir de aquí, es indudable.

—Hay locos que tienen permiso para moverse con relativa libertad —explicó la muchacha, que ya entendía bastante de aquellos sistemas curativos—. Forma parte de su incorporación a la vida social. De modo que ese maldito debía poder salir e incluso llegar hasta el consultorio del doctor Mercier. Quizá el doctor Blanchot lo envió para algún análisis.

—Es más que posible.

—Y ahora —continuó la muchacha—, Blanchot se habrá dado cuenta de que se equivocó con él. Se habrá dado cuenta de que es peligroso. O quizá lo ha sorprendido por los pasillos con ese disfraz de ultratumba. En todo caso le habrá impedido salir, y por eso el loco le ha atacado.

—Todas tus explicaciones son muy lógicas, Natalie. Creo que tienes razón.

—Claro que la tengo. En realidad la pesadilla ha terminado. Ahora sólo nos resta decirle al doctor Gary Blanchot lo que sucede. Dudo mucho que él tenga idea de lo que está ocurriendo.

—Perfecto —dijo Lejeune—. Da gusto estar junto a una mujer que piensa con claridad. Vamos…

Y miró en torno suyo.

—Bien… —dijo al cabo de unos instantes—, ¿pero por dónde hemos entrado? —No lo sé…

Lejeune se encogió de hombros.

Trató de sonreír.

—Creo que tendremos que ir al azar —dijo.

—¿Y si gritáramos?

—Me temo que en este caserón inmenso no nos va a oír nadie. Debe haber más partes deshabitadas en él que en el Panteón de los

Hombres Ilustres de Francia. Me temo que nos hemos metido en la zona más desértica.

—Bueno, pues entonces… Probemos.

—Tienes razón. Probemos.

Los dos avanzaron.

Pero nada ocurrió.

Habían elegido al azar una puerta, guiándose por el instinto.

Vieron más allá una sala bastante bien amueblada y que contrastaba con el ambiente mortuorio de lo que acababan de dejar. Vieron unas luces sonrosadas en lugar de amarillas.

—Vaya… —dijo Lejeune—. Parece que el ambiente cambia…

—Sí. Esto es distinto.

—Menos mal…

De pronto el tenso cuerpo de Natalie se estremeció.

Lejeune susurró:

—¿Qué te pasa?

—¿No oyes?

El tensó los músculos de su cuello.

—Sí —dijo en voz baja—. Me parece que oigo… Oigo…

—El ambiente cambia del todo aquí —musitó ella, interrumpiéndole—. Y tanto que cambia. Es como si acabáramos de entrar en otro mundo. Se oyen… incluso cantos de niños…

* * *

En efecto, al prestar más atención los dos, captaron aquel armonioso canto. Docenas de gargantas infantiles entonaban un himno de música gregoriana. Aquella música atravesaba las paredes, bordeaba las puertas, llegaba a los oídos del hombre y la mujer acorralados como si quisiera demostrarles que ningún horror es eterno, que en todos los rincones del planeta hay sitio para el amor y para la esperanza.

Pero al mismo tiempo pasaba una cosa extraña.

Aquel canto daba miedo.

En primer lugar porque era incomprensible en un sitio así.

En segundo lugar porque… En fin, seamos sinceros: ¿No da miedo en según qué ambientes la música gregoriana?

Natalie susurró:

—No lo entiendo…

—Pues debe haber una explicación —musitó Lejeune—. Seguro que en Issy hay una sección para deficientes mentales infantiles…

—Ah, claro. Eso tiene que ser…

—Y seguro que se procura que los niños lleven una vida lo más normal posible. Que jueguen, que canten… Las virtudes curativas del canto son inmensas, según la moderna psiquiatría. Seguro que es eso.

—Por fuerza has de tener razón —bisbiseó Natalie.

—Además, pronto lo averiguaremos porque estamos muy cerca. Vamos.

Y los dos avanzaron.

Ahora tenían un hilo invisible que los guiaba: era el hilo invisible de aquel canto. Atravesaron dos puertas más, correspondientes a salas muy acogedoras, y desembocaron de pronto en una especie de capilla muy recogida donde quince o veinte niños, todos con el mismo uniforme y algunos con los rasgos característicos de la deficiencia mental, entonaban aquel canto.

Dadas las circunstancias, su armonía era prodigiosa.

Casi conmovedora.

Un pequeño órgano marcaba el compás. Sentado ante aquel pequeño órgano estaba un hombre.

Un hombre que les miraba.

Y de pronto lo mismo Lejeune que Natalie Balfour se estremecieron hasta el fondo de los huesos.

Porque el que dirigía el canto de los niños era… ¡el mismo que había tratado de matar a Natalie! ¡El que llevaba la capucha negra!

* * *

Una brutal sensación de angustia, de irrealidad, acometió a aquel hombre y aquella mujer que creyeron por un momento haber llegado a los últimos confines del mundo, a una zona donde nada era verdad ni tenía lógica. Quedaron quietos, petrificados en el umbral de la puerta, sin saber qué hacer, dominados por el horror de la situación que estaban viviendo.

La música cesó entonces.

El hombre se levantó, llevando todavía sus hábitos negros aunque no la capucha, y abandonó el órgano para desaparecer por una puerta que había a poca distancia. No había visto a Natalie ni a Lejeune. Sus movimientos eran tranquilos, como el que repite un trabajo que hace todos los días.

Lejeune apretó los labios.

Susurró:

—Vamos.

—¿Tú crees que…?

—Yo no creo ni entiendo nada, pero lo importante es que ese tipo está ahí. Hemos de atraparlo. Bordearon la pequeña capilla mientras los niños iban saliendo por una puertecilla lateral. Nadie se fijó en ellos. Siguieron el mismo camino que había seguido el hombre del hábito negro.

Vieron una sala que, sin duda, correspondía a una vivienda privada. Había una mesita redonda con los platos puestos para la cena. Estaban encendidas unas cuantas luces íntimas. Sobre un diván descansaban unas ropas que alguien había estado repasando, como en cualquier hogar tranquilo de París.

Lejeune estaba brutalmente sorprendido por aquel cambio total de ambiente. No sabía qué pensar.

La cabeza le daba vueltas, y exactamente lo mismo le estaba sucediendo a Natalie Balfour.

Atravesaron otra puerta.

Y entonces se encontraron cara a cara con aquellos grandes, aquellos redondos ojos.

Con los ojos de aquella mujer que les miraba fijamente, extrañada, igual que si ellos vinieran de otro planeta.

CAPÍTULO XVI
LA CRIPTA DEL MÁS ALLÁ

Hay cosas que producen como una crispación de miedo precisamente porque son del todo normales. Cuando uno ha atravesado muros de tinieblas, cuando ha creído dejar más allá las sombras del horror, una cara tranquila y un ambiente hogareño le pueden causar un shock tan fuerte como la aparición de un fantasma. Y eso fue lo que le sucedió a Natalie Balfour. Tenía la sensación de estar en el infierno y de pronto se encontró en aquellas habitaciones confortables, en aquel ambiente de hogar, como si de pronto hubieran dejado a muchas millas de distancia el manicomio de Issy. Tuvo la sensación de que no podría soportarlo.

La mujer que les estaba mirando musitó:

—¿Quiénes son ustedes?

Vestía con una elegancia sosegada y burguesa. Sus ojos redondos y tranquilos eran los de una mujer sin inquietudes. No se comprendía qué demonios podía estar haciendo allí, en el manicomio de Issy, a dos pasos del horror que ellos estaban viviendo.

Repitió con expresión alterada:

—¿Quiénes son ustedes?

—Tengo la sensación de que nos hemos equivocado —dijo Lejeune, buscando algo para salir del paso—. Estamos haciendo un reportaje para París Match, pero creo que nos hemos perdido.

—¿París Match? ¿Reportaje…?

—Sí —dijo él, mostrando su credencial con el mayor aplomo—. Soy Lejeune. Espero no haberla molestado.

—Oh, no… —se notaba que la mujer, una cuarentona de ojos redondos y todavía bonita, era bien educada—. No me molestan de ninguna manera. Lo que me extraña es que hayan llegado hasta

aquí sin que les acompañara nadie.

—Nos han dejado libertad para que viéramos todo esto a nuestro gusto —dijo tranquilamente Lejeune.

A veces se preguntaba si estaba soñando o no, pero aquel ambiente tan normal le desconcertaba completamente.

—Por cierto —añadió—, no le he presentado a la señorita Balfour. Es una de nuestras mejores reporteras.

Natalie palideció, pero supo estar a la altura de las circunstancias. Hizo un gesto desenvuelto.

—Encantada de conocerla, señorita…

—Señorita Mafleur —dijo la cuarentona suavemente—. Siempre he vivido en esta casa.

Natalie pestañeó. Ella, como descendiente de una familia de la vieja nobleza, conocía bastantes de los apellidos ilustres de Francia, cosa que no le pasaba a Lejeune (ni falta que le hacía por el momento).

—Los Mafleur… —dijo la muchacha con un hilo de voz—. Ese nombre me suena mucho. Los Mafleur poseían castillos en la zona del Loire que vendieron el siglo pasado. Poseían también grandes extensiones de suelo urbano en París, especialmente en esta zona, la de Issy les Molineux. ¿Pertenece usted directamente a esa familia, señorita?

La mujer de los ojos grandes y redondos sonrió halagada.

Le gustaba que, en este mundo donde todos tendemos a ser tan iguales, alguien se acordara todavía de las grandes familias.

—En efecto —dijo—. Y celebro que usted conozca tan bien la pequeña historia de Francia, señorita Balfour. Mis antepasados vendieron grandes propiedades en el Loire, así como enormes extensiones de suelo urbano en Issy les Molineux, justo donde nos hallamos ahora. Sin embargo, el dinero no ha aparecido nunca. No se sabe qué hicieron con él.

La muchacha cabeceó afirmativamente, mientras se olvidaba por unos instantes de aquel extraño clima en que estaba metida.

—Oí comentar eso —dijo—. Una revista especializada publicó hace años un reportaje sobre este punto. Fue uno de los pequeños misterios financieros de Francia, y creo recordar que hasta el Estado se había interesado en el asunto porque a consecuencia de ello dejó de cobrar grandes cantidades en impuestos. Entonces, ¿usted es

descendiente directo de la familia, señorita Mafleur?

—Sí… Y éste es mi hogar.

—¿Su hogar? ¿Una mujer de las que podían figurar entre las más ricas de Francia vive en este sitio?

—No tengo otro.

—¿Por qué no tiene otro?

—Mis antepasados cedieron a principios de siglo este enorme caserón al Estado francés para que instalara aquí un manicomio gratuito, reservándose el derecho de poder residir dentro del recinto, pero en unas habitaciones aparte, si les interesaba.

—Una extraña manía, ¿no? El derecho a vivir en un manicomio…

—Bueno, hay que pensar que no tenían intención de usar ese derecho. Era una simple cosa sentimental. Lo que les pasaba era que no querían dejar del todo lo último que les quedaba de Issy les Molineux, donde en realidad toda mi familia había nacido.

Hizo una pequeña pausa y añadió:

—Pero las circunstancias han cambiado, desgraciadamente. Ahora yo no soy rica ni puedo elegir para vivir un sitio que me guste. Tengo que residir aquí sencillamente porque es el único lugar donde no pago nada.

La muchacha le miró con cierto asombro.

—Pero eso es absurdo… Su familia era riquísima. ¿Es que lo han ido perdiendo todo?

—Todo. Los últimos restos de mi familia estaban en Argelia, y de allí apenas pude salvar nada. Lo que salvé me lo he ido comiendo estos últimos años.

—¿Y lo que sus antepasados obtuvieron con la venta de todos los bienes que tenían en París y en la zona del Loire…? Sí, ya sé que oficialmente todo aquello ha desaparecido. ¿Pero es posible que no quede nada? ¿Absolutamente nada? ¿Ni una huella…?

La mujer de los ojos grandes y redondos negó con la cabeza.

—Nada. ¿Cree usted que no utilizaría esa fortuna si supiese dónde está? ¿Cree que obtendría un pequeño sueldo dando clases a niños subnormales? Soy la última descendiente de los Mafleur. ¿Cree que iba a tener algún interés en conservar ese dinero? Al contrario, al contrario… ¡Me lo patearía!

La mujer hablaba con absoluta convicción. Brillaban sus ojos

grandes y redondos, que antes parecían los de un enorme pez muerto.

Pero eso no interesaba de momento a Lejeune, porque él no iba a dedicarse a buscar, ni mucho menos, un dinero que se perdió en el siglo XIX
. Tenía cosas mucho más actuales en que pensar.

Musitó:

—Al pasar antes cerca de aquí he visto a un hombre que tocaba el órgano para que los niños cantaran.

—Ah, sí… Janson.

—¿Ése es su nombre? ¿A qué se dedica?

—Pues… a nada más que a tocar el órgano. Y a pequeños recados también. Es un maníaco, como todos los que hay aquí, pero buena persona.

—¿Buena persona…?

—No hay motivos para creer lo contrario. Siempre ha sido un poco caprichoso, pero nada más. Merece tanta confianza que incluso le dejan tratar con los niños.

Lejeune sonrió con falsa indiferencia.

—¿Dónde puedo encontrarle? Me gustaría hablar con él, ¿sabe? Mi reportaje debe incluir una conversación con un loco, y ése me parece el más adecuado de todos.

—Oh, no será fácil que lo encuentre… Habita en los sitios abandonados de este caserón. Es su manía, ¿sabe? Los conoce como la palma de su mano. El único que realmente los conoce es él…

Lo mismo Lejeune que Natalie sintieron un estremecimiento.

No hubieran podido decir exactamente por qué.

Pero fue un estremecimiento visceral, profundo.

El único que realmente los conoce es él…

Eso significaba que el horror seguía palpitando en las entrañas de aquella casa. Que Jasón podía acechar en cualquier sitio.

Lejeune susurró entonces con la misma falsa indiferencia, disimulando muy bien lo que pensaba:

—De acuerdo, señorita Mafleur. Para no causarle más molestias nos vamos a retirar por el mismo sitio por donde hemos venido. Muchas gracias.

No le dejó contestar.

Antes de que la extraña señorita Mafleur hubiese podido

reaccionar, ellos ya estaban fuera. Cuando atravesaban la pequeña capilla, Natalie Balfour susurró:

—¿Pero por qué has querido que nos fuésemos? ¿Qué te pasa? ¡Ahora teníamos una buena pista…!

—Y pretendo seguirla. Precisamente de eso se trata.

—¿Qué dices? ¿Cuál es tu intención?

—Muy sencillo: mientras nos vean estaremos controlados. Si se sabe que continuamos en este caserón, el lobo no enseñará la pata. Hace falta que crean que nos hemos ido.

—¿Por lo tanto no vamos a irnos…?

—No. Lo que vamos a hacer es ocultarnos por aquí. Espera.

Miró en torno suyo. La vieja y espectral sala de actos, ahora convertida en un anfiteatro destartalado, era un magnífico sitio para ocultarse. Los dos se situaron en silencio detrás de unos bancos.

Quedaron ocultos para cualquier mirada.

Estaban muy juntos.

Quemaba el aliento de la muchacha.

Tan juntos se hallaban que Lejeune musitó:

—Ya sé lo que haría mi amigo Cliff si se encontrara en una situación como ésta.

—¿Qué haría?

—Juegos de manos.

Ella rió en silencio.

—Pues yo sé lo que haría mi hermana Patrice en una situación como ésta.

—¿Qué haría?

—Colaborar.

Lejeune acercó sus labios a los calientes labios de la muchacha mientras musitaba:

—Celebro que tengas los mismos gustos que Patrice, muñeca… Vaya si lo celebro…

* * *

No supieron cuánto tiempo había transcurrido.

Pero les parecía que hacía muy poco que estaban allí cuando oyeron rechinar una de las puertas de la gran sala de actos. Allí sólo

entraba una penumbra casi irreal, una luz tamizada que parecía de cementerio. Pero les bastó para darse cuenta de que la que acababa de atravesar el umbral era la señorita Mafleur.

Atravesó el círculo central de la sala.

Natalie no sabía lo que le pasaba. Tenía los ojos desencajados. El miedo subía por su columna vertebral como una corriente helada.

La señorita Mafleur apartó con suavidad una de las filas de bancos situada en la parte baja de la sala.

En otro tiempo aquellos bancos debieron estar sólidamente clavados, pero ahora cedían. Los ojos de Lejeune vieron con asombro lo que había detrás.

Una puertecilla con unas escaleras descendentes.

Esa puertecilla debió estar oculta años y años por los bancos que se le clavaron encima, pero la señorita Mafleur conocía su existencia. Ahora la vieron pasar por ella con la mayor naturalidad. Se inclinó un poco, porque la puerta era pequeña, y desapareció tragada por las entrañas del edificio.

Lejeune apartó su mano de la boca de la muchacha.

—Quédate aquí —dijo—. Voy a ir tras ella.

—No… no quiero quedarme sola. —No sabemos lo que hay abajo. Puedes correr peligro.

—Más peligro corro aquí si me quedo sola. Déjame ir contigo.

Lejeune asintió.

Los dos descendieron en silencio y se acercaron a la puertecilla.

Abajo distinguieron unas gruesas columnas y unas arcadas. Por lo visto, la sala a la cual estaban llegando era enorme. Parte de ella estaba iluminada por la luz de dos hachones que acababa de encender la señorita Mafleur.

Y entonces, desde el final de la escalera, la vieron claramente.

Estaba delante de una fila de… ¡de muertos!

Los ojos le Lejeune, que había logrado mantener la serenidad, captaron hasta los menores detalles de lo que tenía delante.

Los muertos estaban colocados en lujosos ataúdes situados de pie y apoyados en la pared. Por sus ropas, se advertía que pertenecían a personajes del siglo pasado en su mayor parte. Algunos detalles indicaron a Lejeune que las fechas de su muerte podían situarse entre 1870 y 1910.

El cerebro del joven trabajaba a la velocidad de un torbellino.

Pero se dio cuenta de algo más.

Los muertos estaban tan admirablemente conservados que su visión producía a la vez horror y asombro. Tenían las caras perfectamente intactas. Sus ropas también presentaban un aspecto irreprochable, al menos, vistas a distancia.

Las condiciones de la cripta habían evitado durante casi un siglo la putrefacción de los muertos, aunque era evidente que si alguien entraba y salía de allí con frecuencia, los cadáveres pronto se convertirían en polvo.

Pero de pronto se fijó en algo más.

A dos de aquellos cadáveres… ¡les faltaba la parte superior de la cabeza!

No acababa de entenderlo.

La persona que había hecho aquello —quienquiera que fuese— no se había molestado en dejar las cosas como estaban antes.

Dos de los muertos presentaban las horribles oquedades de sus cabezas.

Pero la señorita Mafleur no parecía afectarse demasiado. Contemplaba los cadáveres con una especie de secreto rencor. Hurgaba de un lado a otro de la cripta como si buscara algo que no había encontrado todavía.

Lejeune aguzó la mirada.

Pudo distinguir desde su puesto las letras de oro que aún brillaban en las tapas de algunos ataúdes. Formaban los nombres de los seres que reposaban en ellos.

GUSTAVE MAFLEUR,
1810-1870
JACQUES MAFLEUR,
1865-1910
ESTEPHANIE MAFLEUR,
1860-1915

Es decir, todos eran parientes de la mujer que había entrado en la cripta. Eran sus antepasados, los cuales habían sido sepultados allí en virtud de algún privilegio concedido cuando regalaron el edificio al Estado francés. Esas cosas sabía Lejeune que ya no son apenas posibles ahora, pero lo eran, en cambio, en aquel mundo lejano que se perdió para siempre con la llamada Gran Guerra.

Lejeune sostuvo a Natalie.

Estaba claro que ella ya no podía más.

La sacó poco a poco al exterior, sin hacer ruido, mientras la señorita Mafleur se dirigía también hacia la salida de la cripta.

Una vez fuera, volvieron a ocultarse los dos.

La señorita Mafleur salió de allí cuando ellos dos ya estaban ocultos entre los bancos. Vieron que tapaba la entrada de la cripta con absoluta naturalidad, lo cual indicaba que ya había estado allí otras muchas veces. El siniestro camino que le habían visto recorrer debía de ser para ella el camino de muchos días.

Luego desapareció de nuevo por la puerta que daba a sus habitaciones privadas.

Natalie Balfour pudo hablar al fin.

—¿Qué… qué crees que significa esto?

—No lo sé, Natalie. Puede que no signifique nada, pero presiento que hemos dado con la clave secreta de este asunto. Lo que ha ocurrido con esos muertos es lo que puede explicarlo todo.

—¿Lo que ha ocurrido con… con esos muertos? ¿Te refieres a los cerebros que faltan en dos de ellos?

—Sí.

Natalie Balfour tuvo un espasmo. Ya no podía soportar más aquella tensión, ya no podía resistir aquel siniestro caserón en el que tenía cerradas todas las salidas. Lanzó un breve gemido, se cubrió los ojos y cayó desmayada en brazos de Lejeune.

Éste oyó entonces los pasos que se aproximaban a ellos. Se dio cuenta de que el silencio agorero de la sala había sido roto por una serie de furtivos roces.

Alguien venía.

CAPÍTULO XVII
LA SOMBRA

Lejeune ocultó a la muchacha entre los bancos y vio una sombra que se deslizaba pegada a la pared, hacia el otro lado de la enorme sala. A pesar de la agudeza de sus ojos, la penumbra no le permitió captar nada más. Sólo una sombra que avanzaba pegada a la pared, hacia una de las puertas.

Al principio se había dirigido a donde estaban los dos, o al menos esa fue la impresión que tuvo Lejeune, pero luego se dio cuenta de que aquella sombra rodeaba la sala. Desapareció irnos instantes detrás de la tribuna y se escabulló por una de las puertas.

Lejeune decidió seguir tras aquella figura furtiva. Dejó por un momento a la muchacha y se deslizó entre los bancos. Muy poco después atravesaba él también aquella puerta.

Se encontró en una extraña sala casi circular.

Había allí cuatro puertas más.

Por unos momentos el joven quedó desorientado. No sabía muy bien dónde estaba. Pero era evidente que la sombra se había deslizado por alguna de las otras tres puertas, de modo que abrió la primera de ellas.

Tuvo una buena sorpresa.

El ambiente cambiaba por completo allí.

La habitación en que se encontró parecía una sala de exposiciones. Pero una sala de exposiciones de lo más curioso, una especie de marché des puces, o de Rastro, donde había de todo, desde cuadros colgados en las paredes hasta objetos inservibles de las más variadas clases.

Es decir, eran cosas que podían haber sido usadas por los Mafleur. Por los fantasmas que ahora reposaban eternamente unos metros más abajo.

El cálculo de la antigüedad de todo aquello le fue facilitado además por la fecha de algunos cuadros. Todos eran de finales del siglo XIX
y todos estaban firmados por Gustave Mafleur.

Por cierto que aquel Gustave Mafleur debió ser una especie de trastornado, una especie de maniático que quizá por las noches tenía visiones horribles. Todos sus cuadros daban una sensación de caos, de pesadilla y de muerte. Todos eran de cementerios, de tumbas y hasta de cadáveres yaciendo en sus lechos.

Pero hubo uno que llamó especialmente la atención de Lejeune, uno que le dejó boquiabierto y con la sensación de haber atravesado un muro de tinieblas.

Era una gran pintura en la que se veía a una mujer y un cubo de agua. En apariencia una cosa muy normal. ¿Cuántos millones de cuadros se habrán pintado en el mundo en los que aparece una mujer y alguna forma de agua?

Pero éste tenía una siniestra particularidad: la mujer estaba colgada del techo por los pies y con la cabeza metida dentro del cubo. Es decir, se estaba ahogando. Como el cubo era grande y no podía volcarlo, el maniático pintor había plasmado las últimas y desesperadas convulsiones de su cuerpo.

Se trataba ni más ni menos que de un horrible asesinato.

Lejeune siguió adelante, con el deseo de evadirse a aquella maldita sensación de pesadilla. Atravesó la puerta que había al fondo de la sala.

Y tuvo una nueva y violenta sorpresa.

El ambiente volvía a cambiar allí.

Acababa de poner los pies en un pequeño laboratorio. Todo allí era moderno, funcional, perfecto y bastante caro. Algunos de los instrumentos que Lejeune vio eran de último modelo y costaban elevadas sumas. Muchos indicios indicaban que el laboratorio era usado por alguien y que se trabajaba en él de una manera constante.

Luego salid de allí.

Se daba cuenta de que aquella casa enorme era una especie de laberinto siniestro. Si uno se desviaba sólo dos pasos del camino fijado, ya perdía el sentido de la orientación.

Y Abrió aquella puerta, entonces lo vio.

No lo vio en el cuadro; lo vio en la realidad.

Sus ojos se desencajaron.

Todo su cuerpo se crispó, a pesar de que él creía estar ya acostumbrado a cualquier cosa.

Vio las piernas de la mujer.

No las tenía feas, había que reconocerlo.

Pero maldito si él se fijó en un detalle como ése.

El vestido le caía sobre la cara.

Era natural.

Estaba colgada por los pies.

Su cabeza quedaba dentro de un gran barreño de agua.

Ya no se movía. Debía hacer unos minutos que estaba ahogada.

Lejeune sintió el chasquido del horror dentro de sus huesos, dentro de su propia carne.

Avanzó como una sombra.

Y vio a la muerta. Vio la cara de la señorita Mafleur… ¡Vio a aquella mujer muerta según se describía en un cuadro pintado cien años antes!

Lejeune se dio cuenta de que el tiempo no existía. De que se estaba volviendo loco minuto a minuto.

Y oyó entonces aquel grito suave, lejano, ronco, al otro lado de las paredes.

CAPÍTULO XVIII
PERSECUCIÓN EN LAS TINIEBLAS

Natalie Balfour había estado solo unos instantes sin conocimiento, después de su crisis nerviosa. Cuando abrió los ojos se encontró tumbada entre aquellos bancos polvorientos, pero sin que se viese el menor rastro de Lejeune. Fue eso lo que la aterrorizó.

El darse cuenta de que estaba sola entre aquel silencio angustioso y aquel ambiente de pesadilla.

Se puso en pie poco a poco y entonces… entonces vio a la sombra.

Pudo distinguir… ¡la cara del loco que antes habían estado buscando! ¡LA CARA DE JASÓN!

¡Estaba junto a ella!

¡Iba a sujetarla con sus manos lívidas!

Todavía llevaba aquel extraño hábito negro, aunque la capucha había desaparecido. Dio un paso más hacia la muchacha.

Y entonces esta creyó leer en sus ojos algo que no entendió, algo que no tenía sentido.

Miedo.

Jasón también tenía miedo de algún pensamiento que le atormentaba, que le corroía por dentro.

Fue entonces cuando Natalie gimió fuertemente.

Lejeune, al oír este grito, se lanzó en tromba hacia una de las puertas.

Tuvo la suerte de no equivocarse esta vez. La pérdida de unos segundos pudo haberle resultado fatal, pero no los perdió. Se encontró de pronto en la gran sala de actos, entre aquella especie de niebla que la envolvía todo.

Vio a Natalie.

Vio el hábito negro de Jasón. A ese hábito le faltaba un cordón que antes rodeaba su cintura.

Y los ojos de Lejeune sufrieron una terrible crispación.

Porque le pareció ver de nuevo el cordón negro del cual colgaban los pies de la señorita Mafleur. Era… ¡era el mismo que faltaba de aquel hábito!

¡Jasón la había matado!

¡Y ahora iba a acabar con la muchacha!

Lejeune no perdió ni un segundo. Él sabía que era ágil, pero ni en sus momentos de mayor optimismo pudo soñar tener la velocidad que demostró en aquel momento. Voló materialmente por encima de los bancos, en un fantástico plongeon.

Estuvo a punto de caer sobre Jasón.

Le hubiese arrollado caso de no saltar éste a tiempo.

Jasón también demostró ser ágil y, sobre todo, conocer el terreno que pisaba. Un momento después, sin que se supiera cómo, estaba ya en el amplio espacio libre del centro de la sala. Corrió hacia otra de las puertas.

El conocía aquello muchísimo mejor. Sus conocimientos tenían la seguridad del que sabe el terreno que pisa.

Desapareció tras aquella puerta antes de que Lejeune hubiera tenido tiempo de alcanzarle. Pero Lejeune ya estaba casi sobre él, de modo que no le dio demasiadas oportunidades. Atravesó aquella puerta unos segundos después.

Vio ante sí un universo de sombras.

Las puertas que crujían, las zonas deshabitadas, las paredes que durante más de un siglo habían albergado extraños secretos.

Todo aquello se mezclaba en los ojos de Lejeune como una visión de pesadilla.

Vio que el fugitivo atravesaba otra puerta.

Lejeune no le dejó respirar. Ahora sabía que perseguía a un asesino y estaba dispuesto a llegar hasta el fin, costase lo que costase.

No cabía duda de que Jasón había pasado por allí. De modo que Lejeune atravesó aquella puerta y penetró en el nuevo recinto.

Tuvo una sorpresa al llegar a él.

Era un despacho severo, aunque bien amueblado. Junto a él se hallaba una sala de espera. Sólo al ver aquel ambiente ya se dio

cuenta Lejeune de que acababa de entrar en el despacho del director del establecimiento.

Contuvo la respiración. ¿Qué hacía allí el asesino?

¿Qué buscaba?

Dejó atrás un alto biombo.

Más allá había una percha con diversas prendas colgadas. Pero la percha ocultaba un armario cuya puerta estaba ligerísimamente entreabierta.

Sin duda alguien acababa de tocar aquella puerta, cuya existencia no debía notarse normalmente.

Lejeune tensó los músculos.

El asesino tenía que estar oculto allí.

Lejeune abrió la puerta con su mano izquierda, mientras preparaba el puño derecho. Caso de estar Jason allí, habría recibido un golpe de los que dejan K.O. a un buey. Pero no estaba. El armario, que era muy pequeño, aparecía vacío.

¿Vacío…?

No, no lo estaba del todo. El hábito negro se encontraba allí. Era el mismo que llevaba Jasón, el cual lo habría dejado allí seguramente irnos minutos antes.

Lejeune sintió un vacío en el estómago.

¿Por qué aquel hábito negro tenía que estar en el despacho del director del manicomio de Issy? ¿Quizá había estado allí siempre? ¿Quizá Jasón lo había robado para usarlo, devolviéndolo luego?

Entonces, ¿qué significaba eso?

Lejeune seguía sintiendo aquel extraño vacío en el estómago.

Miró de nuevo el despacho iluminado por una luz irreal, aquella luz que parecía surgir del fondo de la tierra.

Y vio la butaca de espaldas a él. Estaba situada al fondo, cerca de una puerta.

Era una butaca… ¡con una mano apoyada en el respaldo izquierdo!

¡Alguien estaba sentado en ella!

¡Alguien acechaba!

Con todos los músculos en tensión, dispuesto a salir disparado en cualquier momento, Lejeune se acercó a la butaca. Le dio un terrible puntapié mientras volvía a preparar sus puños.

La butaca no llegó a volcarse. Giró. Y en ella apareció sentado…

¡el cuerpo de Jasón!

¡Sus facciones ya estaban lívidas!

¡Su cuello bañado en sangre!

Las manos de Lejeune se crisparon en el aire con un espasmo. Comprendió enseguida lo que aquello significaba.

Jason acababa de ser asesinado. Pero… ¿por quién?

Otra vez el silencio pareció penetrar en el cerebro de Lejeune como una amenaza. Otra vez la luz se hizo densa; sus perfiles cortaban como cuchillos. Una atmósfera de ultratumba flotaba en aquel silencio, una atmósfera que no podía ser descrita con palabras.

Y entonces aquel chasquido.

Aquel leve roce.

Lejeune se volvió poco a poco.

Con los músculos tensos, pero sabiendo al mismo tiempo que ya todo estaba perdido.

Sabiendo que iba a ver la muerte cara a cara.

Y, en efecto, la vio.

No sólo era el cañón del revólver que le apuntaba en mitad de la frente.

Eran también los ojos implacables que estaban tras él.

Los ojos de Gary Blanchot, el director del manicomio de Issy.

Los ojos de la muerte.

CAPÍTULO XIX
LA ÚLTIMA AVENTURA DE UN HOMBRE CON MALA SUERTE

En este terrible momento, cuando Lejeune se dio cuenta de que estaba desarmado y de que aquello significaba la muerte, no pensó en sí mismo. Pensó en Natalie Balfour, que sería una víctima fácil para el monstruo, pensó en la pobre muchacha que ya no podría huir y que acabaría tal vez en la cripta secreta.

Pero ninguno de esos terribles pensamientos se reflejó en sus facciones, que continuaron impasibles.

Igual que si aquello no fuera con él, igual que si no supiese lo que le esperaba, preguntó con voz tranquila:

—¿Por qué ha dado la cara, doctor Blanchot? ¿Porque yo he descubierto ese hábito negro? ¿Porque me he dado cuenta de que usted podía haberlo usado antes que Jasón, quién se limitó a robárselo unos momentos y luego lo devolvió a su sitio?

Blanchot asintió.

Sus facciones también estaban impasibles.

Completamente seguro de la situación, murmuró:

—Sí. Es una pista que podía llevarle a ciertas conclusiones, Lejeune. Y si alguien supiera que está usted aquí dentro no me arriesgaría a matarle, pero nadie sabe que está en Issy, excepto yo y esa muchacha que le seguirá pronto en el camino de la tumba. Como sus cadáveres irán a parar a la cripta de los Mafleur y nadie los descubrirá jamás, el eliminarles a los dos no representa para mí ningún peligro.

Lejeune sintió un nuevo estremecimiento, porque se dio cuenta de la terrible realidad, pero lo disimuló muy bien. Preguntó con voz impasible:

—¿Pero por qué todo esto, Blanchot? Nada parece tener sentido.

Nada… ¿Por qué estos crímenes? Todo ha salido de un manicomio, pero yo sé que, en cambio, usted no está loco. Usted es, por el contrario, un científico que lo ha calculado todo meticulosamente. ¿Pero qué es lo que ha calculado? ¿Qué pretende realmente?

Estaba tan seguro de sí mismo que no se dio prisa. Mientras hacía oscilar suavemente el revólver musitó:

—Su curiosidad periodística está muy justificada, Lejeune, pero ésta va a ser su última entrevista y, además, no la publicará en ninguna parte. ¿Se da cuenta?

—Por eso le pido que me conteste sinceramente, Blanchot. Es la última curiosidad que voy a tener en mi vida.

—De acuerdo, le contestaré. Hasta en cierto modo me complace que un hombre como usted desee saber lo que hay en mi vida… Pero ante todo debo hablarle de dos cosas, una de las cuales conoce y la otra no. La cosa que conoce es la fortuna de los Mafleur.

—Cierto. Una inmensa cantidad de dinero que esos maniáticos guardaron en algún sitio y que nunca fue hallada. Incluso la última descendiente, la señorita Mafleur, no tenía noticia de su paradero.

—En efecto, así es. La fortuna oculta de los Mafleur es el primer naipe de la partida. Pero queda el segundo, del cual usted no tendrá noticias seguramente. Me refiero a los experimentos del doctor Giorgy Adan, de la Universidad de Budapest. ¿Ha oído hablar de ellos?

Lejeune negó con la cabeza.

—No. Todavía no.

—No me extraña, ya que hasta ahora los conocen pocas personas. Por eso le hablaré brevemente de ellos. El doctor Giorgy Adan ha hecho interesantes experiencias con los factores bioquímicos de la memoria y el aprendizaje, empleando de momento animales, como es natural. Según sus experiencias, el cerebro de un animal amaestrado (como el de un hombre que tiene conocimientos superiores) contiene una sustancia que ellos han logrado extraer, y que inyectada a un animal de la misma especie facilita enormemente el proceso de memorización de este segundo. Ello confirma la hipótesis de que la memoria se debe a la producción en el cerebro de determinadas sustancias específicas. Desde hace algún tiempo se sabe que si se somete un grupo de ratas a un intenso proceso de aprendizaje de una habilidad determinada,

en el cerebro de esos animales se halla una cantidad mayor de ácido ribonucleico que en los de los demás animales de su especie. Este ácido es el que rige la síntesis de proteínas en las células. Trasladado al cerebro de las otras ratas, las que nada saben acerca de lo que se ha enseñado a las primeras… ¡lo aprenden enseguida! ¿Comprende? ¡Es la memoria lo que se ha trasladado de unas a otras…!

—Voy comprendiendo, doctor Blanchot. Y ya imagino lo que va a decirme. Que usted pensó que lo que había hecho el doctor Adan con ratas podía usted hacerlo con seres humanos.

Blanchot rió silenciosamente, sin dejar de apuntarle.

—Cierto —musitó—, pero con seres humanos que al fin y al cabo eran igual que ratas. Es decir, mis locos… Yo no podía hacer esos experimentos conmigo mismo porque eran muy arriesgados, de modo que empleé el material humano barato y abundante que tenía a mí cargo.

Lejeune hizo una visible mueca de asco.

Pero el otro, sin inmutarse, continuó:

—La sustancia que empleé fue obtenida de los cerebros de algunos de los Mafleur, gracias a la cripta que sin saberlo me mostró —al entrar en ella— su última descendiente. Debido a condiciones excepcionales de sequedad y de carencia de fauna aerobia, esos cerebros no se habían descompuesto más que en parte. Una serie de análisis muy laboriosos me permitió obtener pequeñas cantidades de ácido ribonucleico y otras sustancias que hice llegar al cerebro de algunos de mis «clientes». Se trataba de lograr algo que parece asombroso, pero que es perfectamente posible y que dentro de pocos años se conseguirá con la mayor facilidad: ¡transmitir a un vivo los recuerdos de un muerto!

Lejeune tragó saliva en un espasmo.

Cada vez entendía aquello con mayor claridad.

Una luz siniestra lo iluminaba ahora todo.

—Lo que quería —susurró— era que esos locos llegaran a recordar dónde tenían el dinero los Mafleur, ¿verdad?

—Naturalmente. Así, además de realizar un gran experimento científico, podía obtener unos beneficios fabulosos… sin ningún riesgo. Pero las cosas no fueron demasiado sencillas; al menos no lo fueron tanto como yo había creído.

—Por supuesto que no. Se trataba de un experimento criminal y abyecto…

—¡Qué estúpido es usted, Lejeune! ¡Qué poco camino hubiera recorrido en la vida con esos prejuicios! Le digo que las cosas se complicaron porque no transmití a esos locos los conocimientos de los Mafleur, sino sus manías y sus instintos anormales. Uno de ellos se suicidó arrojándose desde este mismo manicomio a la calle porque le inyecté sustancia cerebral de un Mafleur que también se había suicidado. Otro, este imbécil de Jasón, ha cometido un crimen que otro de los Mafleur, un pintor de cuadros siniestros, soñó mil veces en cometer sin atreverse a hacerlo nunca. Sí, ya sé que me dirá que todo esto es abyecto y miserable, pero también es el camino del progreso. Otro de mis experimentos lo hice con Patrice, una anormal que había dicho a sus pocas amistades que estaba estudiando en Oudville. Patrice recibió también los deseos insanos, siniestros, de otro de los Mafleur: la de situarse en un ataúd como si fuera un cadáver. Su mente no resistió la tentación de hacer eso con Jacqueline, su mejor amiga. Yo la dejé salir de Issy porque, naturalmente, tenía que saber adónde la llevaban sus pensamientos. Tal vez la llevarían al dinero de los Mafleur… Pero en lugar de eso lo que hizo fue matar de miedo, sin pretenderlo, a su mejor amiga, a aquella muchacha llamada Jacqueline. Luego, Patrice quedó tan postrada que pensé que era un peligro terrible para mí. En el manicomio podía interrogarla la policía, de modo que la hice llegar a un departamento que tenía alquilado en un bloque de oficinas y que estaba vacío. Allí la… la liquidé a golpes con una bola llena de aristas, un arma de la Edad Media. Pensaba que quedaría irreconocible para luego hacerla desaparecer. Teóricamente nadie debía ver aquello, pero Natalie Balfour lo vio gracias a aquel enorme cristal de aumento que había en el consultorio del doctor Mercier. Yo me enteré de su desmayo, supe que aquello podía significar otro terrible peligro para mí y decidí atraerla al mismo sitio solitario mediante una cita dada en un papel impreso del doctor Mercier, en cuyo despacho yo tenía casi entrada libre. Pero aquello falló, como también falló su muerte, Lejeune, cuando usted supo descubrir la pista de aquel apartamento vacío y llegó allí en el momento en que otro loco controlado por mí, pero este peligroso, estaba pintando para eliminar las manchas de sangre y tratando de

hacer desaparecer el cadáver en una bañera con sosa cáustica. Usted ha demostrado ser duro de pelear, Lejeune… Incluso consiguió entrar aquí, pero la verdad fue que pensé al principio que tal vez no sería necesario matarle.

—¿Por qué no? ¿Es que acaso se sintió generoso, Blanchot? No me diga…

—No, no se trata de generosidad… Simplemente, usted vio a Jasón llevando el hábito negro con el que yo había tratado de matar a Natalie Balfour para no ser reconocido. Jasón me lo había robado, pero luego lo devolvió como usted ha visto. Tuve que eliminarle porque resultaba demasiado peligrosa su manía de meterse en mis habitaciones y porque, al fin y al cabo, era un asesino… Creí que usted le tomaría por el culpable de todo, pero desde que ha visto el hábito negro en mi despacho, desde que sabe que salió de aquí… tiene que morir también. Lo siento, Lejeune. Usted quizá hubiera sido un hombre útil…

Y apretó el gatillo.

No estaba dispuesto a perder más tiempo.

No estaba dispuesto a arriesgar más de lo que había arriesgado en la búsqueda de un dinero que ya no aparecería nunca.

Por eso hizo fuego. Por eso se dispuso a cometer el último crimen de la cadena.

Pero no contaba con que Lejeune había esperado aquel instante con los nervios tensos y los músculos a punto. Lejeune supo que Blanchot iba a disparar en el momento en que terminó la frase, y por eso pasó a la acción. Descargó décimas de segundo antes un terrible punterazo bajo al bajo vientre de Blanchot, tras saltar de costado.

La bala sólo le rozó.

Blanchot lanzó una maldición.

Movió el revólver con un gesto frenético para disparar por segunda vez, mientras las manos de Lejeune volaban hacia su muñeca.

Lejeune no era un novato peleando. Se había visto en tantas situaciones raras en todo el mundo que sabía hacer frente a cualquier eventualidad. Sujetó la mano armada de Blanchot, tiró salvajemente hacia adelante… ¡y le hizo saltar!

Blanchot no era demasiado fuerte. Lanzó un grito ululando

mientras volaba a través de la estancia.

Lejeune sufrió un espasmo.

La ventana…

El estrépito de los cristales rotos pareció resonar en su propio cráneo.

Blanchot saltó al vacío.

La altura no resultaba excesiva, pero sí la suficiente para que un hombre se matase. Y el crujido de un cuerpo contra un objeto metálico le indicó que algo acababa de destrozarse. Algo que era el cerebro de Blanchot…

Pero también acababa de destrozarse la bicicleta que Cliff Soustelle tenía estacionada abajo.

Ahora ya no podía llevar a sus conquistas ni siquiera en moto. Había tenido que alquilar una bicicleta y llevar a su amiguita sentada en el manillar. Como Cliff aún creía en las estadísticas de las compañías de seguros, pensaba que aquél era un buen sitio, porque no volvería a caer nadie desde el manicomio de Issy en doscientos años.

Pero cayó.

¡Vaya si cayó…!

La bicicleta quedó hecha polvo.

La amiguita de Cliff Soustelle lanzó un grito mientras huía.

Y Cliff dio una patada al aire mientras rugía:

—¡También es mala pata! ¡Ahora que le había puesto una mano aquí, otra allí, otra allá! ¡Nada! ¡Que no puedo «trabajar» al aire libre! ¡La próxima vez que haga una conquista me la llevo al Metrooooooo…!

FIN



FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA (Barcelona, 1927) es abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de **Silver Kane**, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia,* alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona,* novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984

obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.